

6  
11

OBRAS  
DE  
LOPE DE VEGA

PUBLICADAS  
POR  
LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

---

TOMO IV  
COMEDIAS DE VIDAS DE SANTOS



MADRID  
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO «SUCESOES DE RIVADENEYRA»  
IMPRESORES DE LA REAL CASA  
PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20

1894

*Martirologio Romano* con los demás santos aquí nombrados, en veinte y ocho de diciembre, aunque otros señalan su día en veinte y ocho de Enero: fué su martirio cerca de los años de Cristo de doscientos y noventa.»

Dice, y no sin razón, Grillparzer, único crítico que se ha hecho cargo de esta comedia, que es una de las piezas más fastidiosas que Lope ú otro poeta alguno hayan podido escribir (1). Su carencia de interés dramático es evidente, pero está escrita con sencillez agradable y con unción religiosa en algunos pasajes. La conversación de la sacerdotisa de Apolo, Donna, por medio de las epístolas de San Pablo que la trae un ángel, recuerda escenas análogas de Calderón, en que también el instrumento ocasional del cambio de ideas es un libro: así en *El Mágico prodigioso*, *Los dos amantes del Cielo*, *El Josef de las mujeres*. Los actos segundo y tercero son inspidos y triviales, pero los cuadros de la vida de los primitivos cristianos que contiene el primero, están trazados con suave y virginal diseño que dice bien con el carácter de la época que se describe. En conjunto, sin embargo, no puede negarse que esta comedia, aunque no sea de las más monstruosas é irregulares en su género, es de las más sosas y descoloridas, y de las que menos impresión dejan en la memoria.

En el acto tercero, con evidente anacronismo, pero no sin artificio escénico, se intercala la representación de un auto del Nacimiento, interrumpida por los seguidores de los cristianos. Nada falta, ni siquiera la loa, que recita un pastor en hábito de Cupido, con arco y flechas:

Compúsola Nicandro, gran poeta,  
El que cantó Evangelio el otro día;  
Estudiáronla Erísilo y Falerio  
Con otros estudiantes y diáconos.....

#### IV.—EL PRODIGIO DE ETIOPIA.

Fué publicada esta pieza en la *Parte veintiséis de Comedias de Lope de Vega y otros* (Zaragoza, 1645), que es una de las llamadas *extravagantes*. Han creído La Barrera y otros que esta comedia puede ser la misma de *Santa Teodora* que como de Lope se cita en el *Índice* de Medel; pero Chorley (en las adiciones manuscritas á su catálogo) hace la siguiente observación, que considero muy atinada: «No me parece absolutamente cierto ser esta la pieza que se cita con el título de *Santa Teodora*. Verdad es que hay en ella una Teodora, de quien se dice que en lo futuro será reputada por santa, pero en la comedia no llega á serlo, y se ha de advertir que *el prodigio de Etiopía* no es ella, sino un negro prodigioso, cuyos extremos y atre-

(1) *Sindien zum Spanischen Theater*, pág. 137 (en el tomo XI de la colección de sus obras, edición de Cotta, Stuttgart).

vinientos forman el asunto principal de la obra. Me parece, por lo menos, posible que Medel citase bajo ese título la comedia de Claramonte *Púsoseme el sal, salíame la luna, Santa Teodora*, que va con el nombre de Lope en la Parte veintinueve de *diferentes autores*, y corre también suelta como suya, y cuyo asunto es la vida de dicha Santa.»

Tomó Lope argumento, ó más bien pretexto para esta comedia (cuyos lances son casi todos puramente novelescos), en la siguiente narración del *Filos Sanctorum* del P. Rivadeneira (segunda parte, pág. 382) (1):

«Demás de aquel santo Moysén Anacoreta y Obispo, cuya vida escribimos á los siete de Febrero, hubo otro San Moysén, asimesmo anacoreta, no menos admirado de su siglo.»

(1) Como nuestro objeto aquí no es estudiar el desarrollo total de estas leyendas ni comparar sus distintas versiones, que el poeta no comparó seguramente, nos limitamos á apuntar la fuente inmediata cuando hemos podido averiguarla ó conjeturarla. Lo demás exigirá un libro especial para cada comedia, y serviría más para alarde de erudición hagiográfica, que para verdadera ilustración del texto de Lope, donde por la misma abundancia de la materia debe excluirse todo lo superfluo.

De los principales santorales españoles (que se designaban, por lo general, con el título de *Filos Sanctorum*) se encuentra indicación muy precisa y exacta en la erudita y razonada *Memoria* de D. A. Sánchez Moguel acerca de *El Mágico prodigioso, de Calderón*, premiada por la Academia de la Historia. Madrid, 1881.

El más antiguo que cita es un *Santorale* sin principio ni fin, parte en pergamino, parte en papel, letra del siglo XV, copia de más antiguo texto, que, á juzgar por su lenguaje, ha de ser de fines del siglo XIII ó principios del XIV. (Biblioteca Nacional, BB. 58 y 59, dos volúmenes en folio.) Sigue á éste en orden cronológico otro *Filos Sanctorum* antiguo, de la misma Biblioteca (Q. 2), que lleva por encabezamiento: *Estas son las Estorias que son escritas en este Libro e Colegio de los Santos*, y parece pertenecer también por el estilo de su redacción al siglo XV. Contemporáneo es un *Santorale* catalán, de la Biblioteca de la Academia de la Historia. Al siglo XV pertenece otro castellano de la Biblioteca Nacional (F. 34), que parece, como los anteriores, mera traducción de la *Leyenda Aurea*, fuente general de las primeras hagiografías en lengua vulgar. No sucede así con las de los siglos XVI y XVII. Sus autores ó compiladores explotan ya otras minas, principalmente el *Santorale* de Pedro de Natali ó Natalibus; *Sanctorum precoram vitz*, de Lipomano; y *De probatis Sanctorum historis*, de Surtio, por quienes se comunica la tradición hagiográfica oriental de Simeón Metaphrastes.

Las obras más conocidas de este género son el *Filos Sanctorum* y *Historia general de la vida y hechos de Jesucristo, Dios y Señor nuestro, y de todos los Santos de que riza y hace feíta la Iglesia Católica*, de Alonso de Villegas, obra que alcanzó, por lo menos, doce ediciones, divididas en cinco partes ó tomos; la *Hagiographia y vidas de los Santos*, del P. Pedro de Rivadeneira (1597); el *Filos Sanctorum ó Libro de las vidas de los Santos*, del P. Francisco Ortiz Lucio (1597); y el estrambótico *Templo Militante, festividades y vidas de Santos, declaración y triunfos de sus virtudes*, parto de la irrestañable vena poética del Prior de Canarias D. Bartolomé Cayrasco de Figueroa.

Creo que, aparte de algunas Vidas particulares de santos (especialmente españoles), Lope se atuvo á Villegas y á Rivadeneira.

ble, cuya vida tambien me ha parecido escribir en este libro por dos razones. La primera, porque algunos confunden á estos dos, y de dos Moysés que son, dicen que no fué sino uno solo, siendo verdad que fueron dos; el uno el Obispo de los Sarracenos, y el otro que fué sólo Anacoreta, pero santo y notable varon. Del uno haze mención el Martirologio Romano y los demás á siete de Hebrero, como queda dicho, y del otro á los veintiocho de Agosto. La segunda causa que me mueve á escribir deste segundo Moysén es porque de su vida podemos aprender á no desconfiar de la misericordia del Señor, quando viéremos algun gran pecador, que corre sin freno como caballo desbocado; y los santos exercicios con que se debe ayudar el que tal es, para salir de su mal estado, y vencer la tiranía de su carne.

» La vida pues deste segundo Moysén escribieron Paladio en su Historia llamada Lausiaca, y Nicéforo Calixto en el oncenno libro de su historia en el capitulo treynta y seis, desta manera:

«Nació Moysén en Etiopia, y como tal, era negro de color, y fué esclavo de un hombre principal y gobernador de la República, el qual echó de su casa á Moysén por sus malas costumbres, y la inclinacion que tenia de robar y aun de matar para poder robar mejor. Llegó á tanto su desventura, que vino á ser Capitan de una gran cuadrilla de ladrones. Cuéntase dél que una vez, queriendo matar á un pastor porque le habia estorbado una noche que no hiziesse cierto salto que quería hacer, sabiendo que el dicho pastor estaba de la otra parte del rio Nilo, que á la sazón venia ancho una milla, se desnudó, y poniendo su vestido sobre la cabeza, y tomando en la boca su espada, pasó el rio nadando, y fué á buscar el pastor que estaba guardando el ganado en su majada. En viéndole el pastor se escondió, y Moysén no hallándole, mató quatro terneros, los mejores del hato, y atólos á una cuerda, y volvió á pasar el rio, trayéndolos consigo, y los dessolló y se comió la carne, y vendió los pellejos y lo demás, por vino que le dieron, y todo se lo bebió, y se volvió al lugar donde tenia los otros ladrones sus compañeros. Andando pues Moysén en tan malos y tan abominables passos, le miró el Señor del cielo con ojos de piedad, y con los rayos de su divina luz alumbró á aquel corazon tenebroso y duro, y le ablandó y encendió con las llamas de su divino amor. Trocóse de manera que de ladrón vino á ser monge, y el que quitaba á los otros antes la vida, vino á ofrecer la suya en sacrificio al Señor, y de lazo de Satanás, á ser exemplo de religion y penitencia. Estando una vez retirado en su celda, vinieron quatro ladrones que habian sido sus compañeros, y entraron en ella para robarla, sin saber que aquella celda era de Moysén, ni que él estuviesse alli. Dieron en él, y él quando los vió arremetió á ellos, y atólos, y como si fueran quatro costales de paja, los llevó sobre sus hombros á la iglesia, donde estaban los otros monges recogidos; y poniéndolos assi como estaban atados delante dellos, les dixo: «Padres, yo no puedo ya hazer mal á nadie, pero estos ladrones me han acometido, yo los he cogido y atado, y aquí os los traygo, para que me digays lo que quereys que haga dellos.» Quando los ladrones supieron que aquel era Moysén, y el que habia sido ladrón y caudillo de ladrones tan famoso, y que dexada aquella mala vida, se

»avía vestido de hábito de penitencia, y convirtiéndose tan de veras á Dios, tocáñdoles el mismo Señor el corazon, quisieron imitarle, y pidieron que los admitiesen por monges, y fueron varones perfectos, y acabaron su vida en la Religion.

» Pero como Moysén venia del siglo acostumbrao á los vicios, y habia hecho muchos en las torpezas y maldades, tuvo grandes dificultades en vencer los malos hábitos passados, y destexer la tela de mala vida que en tantos años avia tejido; y el demonio que nunca duerme, velaba siempre para hazer la guerra, y de dia le aprétaba, y de noche le affligia con varias tentaciones, que fueron tan terribles que faltó poco para que no volgiesse atrás y se rindiessse y se dexasse del todo vencer. Mas favorecióle nuestro Señor y él se aprovechó de los medios que aquí diré.

» Primeramente con el consejo de algunos varones santos y padres espirituales muy experimentados, á los quales descubrió sus tentaciones y peleas, y tomó dellas armas para poder vencer. Entre estos santos padres fué uno Isidoro, varon perfectissimo, el qual le dixo que no se maravillase que la carne, y su mala costumbre de seguir sus gustos y apetitos, le hiciessen guerra; porque quando un perro que suele estar en la carniceria halla en ella que solia, él mismo de suyo se va. Y que lo mismo haze el demonio con los pecadores que vienen del mundo á la religion, que mientras que halla en ellos en qué cebarse y entretenerse, siempre los infesta, pero que en cerrándole la puerta, él mismo se va. Y que es menester con la buena costumbre deshazer la mala costumbre, y como con un clavo sacar otro clavo, y con el ayuno y penitencia quitar á la carne los huesos, con que como perro se sustenta y al fuego la leña con que suele arder.

» Siguiendo pues esta doctrina del Santo padre Isidoro, determinó Moysén tomar el segundo medio, y affigir su carne con ayunos: y para esto se encerró en su celda y no comía al dia otra cosa, sino doce onzas de pan seco, que para su gran cuerpo era suma abstinencia, y juntamente trabajaba mucho, y cada dia hazia cincuenta veces oracion para debilitarse y enflaquecerse, y domar á tan cruel y doméstico enemigo; pero como Moysén era muy robusto y mal acostumbrao, y el demonio atizaba el fuego que ardia en su pecho, padecía muchos malos sueños, y la carne hazia su oficio. Para rendirla y vencerla, determinó de tomar el tercer medio, que fué estar toda la noche en pie sin arrodillarse ni arrojarse por no dormir; y desta manera pasó seys años orando en su celda sin dormir las noches, y con todo este trabajo no pudo vencer las tentaciones torpes de la sensualidad; para que entendamos quan dificultosa cosa es arrancar del alma un hábito vicioso envejecido, y que á la castidad es don de Dios, y que él muchas veces permite estas luchas y peleas, para que con el trabajo y pena que el hombre siente en resistir á los malos apetitos, purgue los gustos ponzofiosos y deleytes que otro tiempo en ellos tuvo. Como no bastassen los medios que Moysén habia tomado para vencerse, buscó otro para quebrantarse más. Habia algunos monges viejos y cansados que no podian proveerse de agua para sus celdas, por estar dos y tres y seis millas lexos las fuentes de donde se habia de traer; y Moysén, para aliviarlos y quitarles deste trabajo, yba

»de noche secretamente (sin que nadie lo supiese) por el agua que ellos habían  
 »menester, y les henchía las vasijas con grande caridad, diligencia y fortaleza. Ocupándose en este ejercicio le aconteció que una noche el demonio que no podía sufrir la virtud y perseverancia en el bien comenzado, hallándole cerca de un pozo, llenando de agua el cántaro de un monge, le dió con una porra un golpe tan recio que le dexó allí tendido sin sentido y como muerto. Allí estuvo hasta que otro día viniendo otro monge al mismo pozo para sacar agua, le halló tendido en el suelo y desmayado; y el monge avisó á San Isidoro Abad; el qual vino con otros monges, y le llevaron á la iglesia, y estuvo Moysén de aquel golpe un año enfermo, sin poder casi volver en sí. Despues Isidoro le amonestó que se fuesse á la mano, y poco á poco en esta lucha con el demonio, y que no peleasse con él como quien le desafia; porque tambien la fortaleza ha de tener su tassa y medida, y muchas vezes se haze más con la paciencia y confianza en Dios que con la fuerza y poder de nuestro brazo. Y como Moysen respondiessse que no cessaría de batallar hasta que los malos sueños no le fatigasen, el sancto Abad Isidoro le dixo: «En el nombre de nuestro Señor Jesu Christo desta hora en adelante no te congoxarán más los sueños torpes y feos, que hasta aqui te han perseguido. Bien podrás con confianza illegarte al altar, y recibir el santissimo cuerpo de Christo nuestro Señor, el qual te ha querido probar tan largo tiempo, y con tan dura pelea, para que te humillasses y entendiesses que no por tu trabajo y valentía habias vencido esta passion, y por ello te desvaneciesses.» Con esto se serenó el corazon de Moysén, y se aplacó aquella tempestad; y cessaron los vientos y las ondas que le turbaban, y gozó de entera bonanza y quietud, y dióle nuestro Señor tan grande señorío sobre los demonios que no hazia más caso dellos que nosotros hazemos de las moscas y fué uno de los más insignes monges de aquel tiempo, y murió siendo sacerdote de cerca de ochenta y cinco años, como dize Nicéforo, ó de sesenta y cinco, como dize Paladio, dexando otros tantos discípulos imitadores en su santidad y virtud.»

Inmediatamente despues de la vida del anacoreta Moisés se encuentra en Rivadeneira la *Vida de Santa Teodora Alexandrina penitente*; pero ni su leyenda está enlazada con la del negro Moisés, ni tiene relación directa con esta comedia de Lope, aunque dió ocasión á otras de nuestro teatro, entre ellas la muy notable de Cáncer, Moreto y Matos Fragoso, *La Adúltera penitente*, impresa en la Parte novena de *varios autores* (1657) (1).

Pero aunque estos temas dramáticos sean distintos, no hay duda que la proximidad de ambas leyendas en la misma colección hagiográfica hubo de inspirar á Lope de Vega no sólo el nombre de Teodora introducido en su fábula, sino el germen de la acción animosa y trágica de los primeros actos. No es preciso trans-

(1) Esta Teodora es distinta de la *Teodora virgen y mártir*, heroína de una tragedia de Corneille.

cribir integra la vida de Santa Teodora; basta copiar del P. Rivadeneira aquellos párrafos en que se nota la semejanza:

«Escribamos ahora otro ejemplo de una mujer casada, noble y rica que, habiendo vivido en grande honestidad, fué engañada, y cayó en una flaqueza de carne, y hizo traycion á su marido, y lloró tanto su peccado como en el discurso desta historia se verá; la qual escribe Simeon Metafraste en esta manera: Siendo emperador Zenon, nació en Alexandria una mujer de padres nobles y ricos, dotada de grandes virtudes, la qual siendo de edad, se casó con un caballero igual suyo y vivieron en el matrimonio con gran paz y conformidad. Llamábase Teodora; era muy amada y estimada del marido porque le era muy obediente, muy amorosa y bien acondicionada; y por las muchas y grandes virtudes que respaldaban en ella, por las quales, y especialmente por su rara honestidad, era muy querida y reverenciada de todos. Tuvo el demonio envidia de tanta bondad, y determinó hazer cruda guerra á la que vivía en tanta paz con su marido. Instigó á un mozo de buenas partes y rico, que se aficionasse á Teodora, y encendióle con llamas y estímulos de concupiscencia, abrasándole las entrañas quando pensaba en ella. Rendido el pobre mozo á su loca passion, procuró atraer á su voluntad á Teodora, con blanduras, promesas y presentes, y con todo lo que el amor ciego en semejantes ocasiones suele ofrecer. Ninguna cosa aprovechó para que Teodora quisiese consentir en su mal desseo, ni aun mirarle, porque como era mujer tan honesta y tan christiana, tenía á Dios delante y la lealtad que debía á su marido. Viendo pues el mozo perdido que no le sucedía á su propósito aquel negocio, tomó por medianera á una vieja hechizera y endiablada, para que le sirviesse de tercera, y acabasse con Teodora, por medio de sus palabras venenosas, lo que él por tantos otros medios no habia podido alcanzar. Dixo tantas cosas la perversa vieja á Teodora que con sus falsas razones la engañó y pervertió para que consintiesse, y en efeto se cometió el adulterio; y luego dél se siguió lo que suele del peccado, que es vergüenza, arrepentimiento y dolor. Este fué tan grande y atravessó de tal manera (como un cuchillo agudo) el corazon de Teodora, que si Dios no la tuviera de su mano, fácilmente cayera en desesperacion. No le sirvió aquel peccado de eslabon para otro peccado, sino para penitencia y correccion; porque habia nacido de flaqueza y engaño, y no de malicia y mala voluntad. Comenzó á andar triste, desconsolada y afligida, y el marido, que la amaba tiernamente, y no sabía la causa de aquella novedad, procuraba con caricias alegrarla y recrearla: mas como la llaga estaba en las entrañas y el corazon tan lastimado, ninguna cosa que hacia el marido era parte para consolar á la pobre muger. Parecióle que habia ofendido á su Dios y deshonrado á su marido, y perdido el buen nombre que en la ciudad tenia, y que un infierno era poco para ella: y corrida y afrentada en sí misma, no osaba alzar los ojos al cielo. Finalmente cavó tanto este sentimiento á Teodora, que movida del Señor, se resolvió de pagar la culpa de aquel peccado con pena perpetua, y con una penitencia rigurosa de toda su vida. Para esto, sin que nadie lo entendiesse, se vistió de hombre, y se fué á un monasterio de monges, que estaba como seys leguas de la

ciudad de Alejandría, donde con grande humildad y disimulación de quien era, suplicó al Abad que le admitiese en aquel convento para servir en él más al Señor.....»

Lo que sigue es lo más dramático de la leyenda, pero lo omitimos porque no tiene relación alguna con la comedia de Lope. También en ésta es alejandrina Teodora; también tiene, no un galán, sino dos, que á hurto la pretenden: Alejandro, el vencedor de los etíopes, y su esclavo, el negro Filipo, que se ha enamorado de la dama por un retrato suyo que robó á su amo. Teodora no aparece casada como en el hagiógrafo, sino prometida contra su voluntad al mancebo Leoncio (hijo del Gobernador de Alejandría) por su padre Leopoldo, á quien resiste y desobedece, allanándose á ser robada por el capitán Alejandro. Quien la roba verdaderamente es el negro, prevalido de su valor y de un engaño nocturno. Cuando llegan al monte quiere violarla, pero ella logra salvarse de su brutal pasión, se convierte en capitana de bandoleros con nombre de Cleopatra, y acaba por cortarse la mano á trueque de no dársele al negro. Este embrollo, complicado con otros incidentes, ocupa no sólo los dos primeros actos, sino la mayor parte del tercero, y parece invención libre de Lope, aprovechando los dos lugares comunes del enamoramiento por retrato y de la mano cortada, que son frecuentes en muchos cuentos profanos y en muchas leyendas ascéticas.

El interés de este drama es esencialmente novelesco, y apenas puede calificarse de *comedia de santos* más que por el protagonista y por el desenlace. Es de aquellas dramas en que el elemento profano se sobrepone de tal modo al sagrado, que las escenas de la conversión del Santo parecen puestas sólo para justificar el título, y se ve que el autor las abrevia cuanto puede. Aquí, por ejemplo, todo el interés se concentra en la vigorosa pintura del carácter del negro. Lope insiste poco en la lucha puramente ascética, en las penitencias y mortificaciones que el anacoreta Moisés, tan grande y corpulento, tan feo y espantable, tan acosado por los recuerdos de su feroz vida pasada y por los estímulos de su carne, rebelde é intemperante, se imponía para domarla y quebrantarla. Esta narración, muy interesante en las páginas del hagiógrafo, hubiera resultado grotesca al materializarse en las tablas: no había en el siglo XVII espectadores bastante candorosos para resistirla. Conservó el único episodio verdaderamente plástico, la lucha del demonio con el ermitaño; y alterando para el efecto dramático el final de la leyenda, le hizo caer herido por el venablo de Satanás, y sucumbir de la herida, dando Dios manifiesto indicio de su salvación por boca de un ángel.

El carácter de braveza primitiva y generosa, en medio de su ferocidad, que ostenta el carácter del negro, es sin disputa lo mejor de la obra. Nótese estos valientes desgarrros:

Á grandes cosas me inclino,  
Y cuando pobre me veo,  
Robar y matar deseo  
Hasta encontrar el camino.

Soy, aunque negro, un extremo;  
Quiero entrar conmigo en cuenta:

Soy esclavo: no es afrenta:

Muchos á lugar supremo

De esclavitud han subido.....

.....

¿Qué esperanza he de tener,

En tan penoso vivir,

De medrar y de subir?

Que entre blancos no ha de ser.....

.....

Aunque el sol, padre del día,

Sin otra luz que le iguale,

Siempre para todos sale

Con resplandor y alegría.

Negros y blancos le ven,

Águilas yruiseñores,

Soberbias plantas y flores

Humildes gozan también

La hermosura singular

Que le dió Naturaleza:

Así es la humana belleza,

Todos la pueden amar,

Pero con distintos modos,

Porque el sol es tan fecundo,

Que viste de luz al mundo

Y le pueden gozar todos.....

Las escenas de la vida bandolera, que abundan en esta obra, están trazadas con mucho brío, y con aquella especie de indulgencia y mal encubierta simpatía que en la tierra de Roque Guinart y de Serrallonga ha acompañado siempre, no al mero deo vulgar, pero sí al espíritu vindicativo, que campa por sus respetos sobre la tierra avasallada, según la distinción que el personaje de Lope establece llanamente:

En campaña me he de estar

Haciendo nueva alianza

Á título de venganza,

No á título de robar.

Muchos nobles caballeros,

Cuando ofendidos se hallaron,

En la campaña se armaron

Con nombre de bandoleros;

Que el robar es accidente

Para sustentarse.....

Esta comedia es indudablemente de Lope, y muy digna de su ingenio, pero el texto ha debido de llegar á nosotros un tanto adulterado, como sucede, por lo co-

ciudad de Alejandría, donde con grande humildad y disimulación de quien era, suplicó al Abad que le admitiese en aquel convento para servir en él más al Señor.....»

Lo que sigue es lo más dramático de la leyenda, pero lo omitimos porque no tiene relación alguna con la comedia de Lope. También en ésta es alejandrina Teodora; también tiene, no un galán, sino dos, que á hurto la pretenden: Alejandro, el vencedor de los etíopes, y su esclavo, el negro Filipo, que se ha enamorado de la dama por un retrato suyo que robó á su amo. Teodora no aparece casada como en el hagiógrafo, sino prometida contra su voluntad al mancebo Leoncio (hijo del Gobernador de Alejandría) por su padre Leopoldo, á quien resiste y desobedece, allanándose á ser robada por el capitán Alejandro. Quien la roba verdaderamente es el negro, prevalido de su valor y de un engaño nocturno. Cuando llegan al monte quiere violarla, pero ella logra salvarse de su brutal pasión, se convierte en capitana de bandoleros con nombre de Cleopatra, y acaba por cortarse la mano á trueque de no dársele al negro. Este embrollo, complicado con otros incidentes, ocupa no sólo los dos primeros actos, sino la mayor parte del tercero, y parece invención libre de Lope, aprovechando los dos lugares comunes del enamoramiento por retrato y de la mano cortada, que son frecuentes en muchos cuentos profanos y en muchas leyendas ascéticas.

El interés de este drama es esencialmente novelesco, y apenas puede calificarse de *comedia de santos* más que por el protagonista y por el desenlace. Es de aquellos dramas en que el elemento profano se sobrepone de tal modo al sagrado, que las escenas de la conversión del Santo parecen puestas sólo para justificar el título, y se ve que el autor las abrevia cuanto puede. Aquí, por ejemplo, todo el interés se concentra en la vigorosa pintura del carácter del negro. Lope insiste poco en la lucha puramente ascética, en las penitencias y mortificaciones que el anacoreta Moisés, tan grande y corpulento, tan feo y espantable, tan acosado por los recuerdos de su feroz vida pasada y por los estímulos de su carne, rebelde é intemperante, se imponía para domarla y quebrantarla. Esta narración, muy interesante en las páginas del hagiógrafo, hubiera resultado grotesca al materializarse en las tablas: no había en el siglo XVII espectadores bastante candorosos para resistirla. Conservó el único episodio verdaderamente plástico, la lucha del demonio con el ermitaño; y alterando para el efecto dramático el final de la leyenda, le hizo caer herido por el venablo de Satanás, y sucumbir de la herida, dando Dios manifiesto indicio de su salvación por boca de un ángel.

El carácter de braveza primitiva y generosa, en medio de su ferocidad, que ostenta el carácter del negro, es sin disputa lo mejor de la obra. Nótese estos valientes desgarrros:

Á grandes cosas me inclino,  
Y cuando pobre me veo,  
Robar y matar deseo  
Hasta encontrar el camino.

Soy, aunque negro, un extremo;  
Quiero entrar conmigo en cuenta:

Soy esclavo: no es afrenta:

Muchos á lugar supremo

De esclavitud han subido.....

.....

¿Qué esperanza he de tener,

En tan penoso vivir,

De medrar y de subir?

Que entre blancos no ha de ser.....

.....

Aunque el sol, padre del día,

Sin otra luz que le iguale,

Siempre para todos sale

Con resplandor y alegría.

Negros y blancos le ven,

Águilas yruiseñores,

Soberbias plantas y flores

Humildes gozan también

La hermosura singular

Que le dió Naturaleza:

Así es la humana belleza,

Todos la pueden amar,

Pero con distintos modos,

Porque el sol es tan fecundo,

Que viste de luz al mundo

Y le pueden gozar todos.....

Las escenas de la vida bandolera, que abundan en esta obra, están trazadas con mucho brío, y con aquella especie de indulgencia y mal encubierta simpatía que en la tierra de Roque Guinart y de Serrallonga ha acompañado siempre, no al mero deo vulgar, pero sí al espíritu vindicativo, que campa por sus respetos sobre la tierra avasallada, según la distinción que el personaje de Lope establece llanamente:

En campaña me he de estar

Haciendo nueva alianza

Á título de venganza,

No á título de robar.

Muchos nobles caballeros,

Cuando ofendidos se hallaron,

En la campaña se armaron

Con nombre de bandoleros;

Que el robar es accidente

Para sustentarse.....

Esta comedia es indudablemente de Lope, y muy digna de su ingenio, pero el texto ha debido de llegar á nosotros un tanto adulterado, como sucede, por lo co-

mún, con las comedias insertas en las partes llamadas *extravagantes* ó *de fuera de Madrid*. Hay rasgos gongorinos que desentonan de la limpieza y sencillez propias del estilo dramático de Lope. Nunca creeré, por ejemplo, que sean suyos estos versos de la relación de Alejandro (acto primero):

Ese mar, ese gran monstruo,  
Que con sereno artificio,  
Para dar después asombros,  
Suele brindar al principio,  
En sus azules espaldas  
Sufrió los soberbios pinos,  
Que se jugaron eternos  
Sobre alcázares de vidrio.....

Todo esto pertenece evidentemente á la escuela de Calderón, y la pompa y aparato de estos trozos de efecto descubre otra mano que la que trazó el diálogo, en general tan rápido, tan natural y vigoroso. *El Prodigio de Etiópia*, tal como le poseemos hoy, es una comedia refundida.

Todavía se acrecentó el daño de esta refundición en la desatinada comedia de D. Juan Bautista Diamante, *El Negro más prodigioso*, inserta en la segunda parte de las suyas (Madrid, 1674). Siguió paso á paso Diamante la fábula de Lope, poniéndola en el estilo más crespó, enfático y campanudo que puede imaginarse. Cotejese, por ejemplo, la relación de Filipo en la comedia primitiva:

Yo soy hombre sin principio  
Ni origen cierto; en las ondas  
Me hallaron del padre Nilo;  
Dos pastores me criaron,  
Y mataba, cuando niño,  
Serpientes que horror ni miedo  
Me causaban con su silbo.....

con los sonoros disparates de aquella otra de *El Negro más prodigioso*, que comienza:

Mi padre, pues otro ignoro,  
Fué el Nilo, undosa muralla  
Que siete bombas de nieve  
Por siete bocas dispara:  
Reino de siete provincias,  
Monstruosa hidra de plata,  
Que de un cuerpo cristalino  
Produce siete gargantas.....  
Allí me halló Corsicurbo (1),

(1) Nombre tomado del *Fersiles* de Cervantes, en aquel sabido principio: «*voces daba el bárbaro Corsicurbo*».

Sabio negro que en la playa  
Del Nilo, por conjeturas  
Prevenido me esperaba.  
Trasladóme desde el río  
A la piadosa morada  
De sus brazos, y desde ellos  
A la estancia solitaria  
De un albergue que bostezo  
Se juró de la montaña,  
Fumesta boca por donde  
Luto el aire respiraba.....

¡Así refundían el teatro antiguo los Diamantes, Matos Fragosos y Candamos!

## V.—EL CARDENAL DE BELÉN.

Es la sexta de las comedias de Lope insertas en la *Trezena parte* (1620). No estando citada en ninguna de las dos listas de *El Peregrino*, hay que suponerla compuesta entre los años 1618 (fecha de la segunda edición de aquella novela) y 1620 (fecha de la parte décimatercera). Dedicó Lope esta comedia al célebre predicador Fr. Hortensio Félix Paravicino, uno de los primeros y más ingeniosos corruptores de nuestra oratoria sagrada.

Reimprimió Hartzenbusch esta comedia de Lope en el tomo III (páginas 589-607) de la colección selecta de las de su autor, que formó para la *Biblioteca de Autores españoles*. Si con *El Cardenal de Belén* quiso dar idea del teatro religioso de Lope, la elección no pudo ser más desacertada, cuando tantas admirables obras de su autor quedaban en olvido.

En efecto, á duras penas puede encontrarse en su repertorio obra más monstruosa que ésta, y con ninguna se han ensañado tanto los rigores, aquí bien fundados, de la crítica. Baste trasladar dos juicios, á cual más acerbos.

Dice Clemencin en su *Comentario al Quijote* (1):

«Sirva de muestra (de los defectos habituales en las comedias de santos) la intitulada *El Cardenal de Belén*, y ya se entiende que se trata de San Jerónimo. Hablan en ella este Santo, que por supuesto es el primer galán, San Gregorio Nacianceno, San Agustín, San Dámaso, el emperador Juliano el Apóstata, un Padre del yermo, casado, los tres Reyes Magos, el arcángel San Rafael y el Demonio. Salen á las tablas el Mundo, Roma, España, un león y un pollino. El primer acto se cluye azotando los ángeles á San Jerónimo. En el segundo tocan chirrimias y sale San Dámaso acompañado de Obispos y Cardenales. Se habla de Pasquín y Marfo-

(1) Tomo III (primera edición), pág. 408.

# EL PRODIGIO DE ETIOPIA

COMEDIA FAMOSA

DE

## LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

TEODORA.	BANDOLERO.	RUFINO.
ALEJANDRO.	ALBERTO.	ISIDORO.
FILIPPO.	SOLDADOS.	DEMONIO.
LEOPOLDO.	MARCIA.	ANGEL.

### JORNADA PRIMERA

Suenan cajas, y salen Teodora y Rufino.

RUFINO.

¿Dónde vas?

TEODORA.

A ver el mar,

Que caja de guerra suena,

Y es para mí una sirena

La música militar.

El ánimo me arrebató,

Los sentidos me suspende.

RUFINO.

Después que el amor te ofende.

TEODORA.

Después que el amor me mata.

Si fué Alejandro rompiendo

Globos de nieve y de espumas,

En las galas y en las plumas

Con el fénix compitiendo;

Si me llevó el alma propia,

Que no le negué jamás,

Para abrasarme más

Con el calor de Etiopia,

¿Qué mucho, si he de esperar

Su venida con cuidado,  
Que ahora me hayan turbado  
Las novedades del mar?

RUFINO.

Yo pienso que á tu desseo,

Dicha y verdad no se niegan;

En los bajels que llegan,

Fátulas de Egipto veo.

¿No has mirado nuestra gente

Que, triunfante y vencedora,

Hace jardines de Flora

Esas playas del Oriente,

Con galas y bizarría

Que puede envidiar el alba?

¿No has escuchado la salva

Que hace el mar á Alejandro?

Sin duda tu amante viene.

TEODORA.

Bien lo dijo mi cuidado:

Corazón enamorado,

Sombra de profeta tiene.

RUFINO.

A recibirle ha salido

Tu padre.

TEODORA.

Todos me den,

Cuantos aman, parabién

De que Alejandro ha venido.



# EL PRODIGIO DE ETIOPIA

COMEDIA FAMOSA

DE

LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

TEODORA.  
ALEJANDRO.  
FILIPO.  
LEOPOLDO.

BANDOLEROS.  
ALBERTO.  
SOLDADOS.  
MARCIA.

RUFINO.  
ISIDORO.  
DEMONIO.  
ANGEL.

## JORNADA PRIMERA

Suenan cajas, y salen Teodora y Rufino.

RUFINO.

¿Dónde vas?

TEODORA.

A ver el mar;  
Que caja de guerra suena,  
Y es para mí una sirena  
La música militar.

El ánimo me arrebató,

Los sentidos me suspende.

RUFINO.

Después que el amor te ofende.

TEODORA.

Después que el amor me mata.

Si fite Alejandro rompiendo

Globos de nieve y de espumas,

En las galas y en las plumas

Con el fénix compitiendo;

Si me llevó el alma propia,

Que no le negué jamás,

Para abrasármela más

Con el calor de Etiopía,

¿Qué mucho, si he de esperar

IV

Su venida con cuidado,  
Que ahora me hayan turbado  
Las novedades del mar?

RUFINO.

Yo pienso que á tu desseo,  
Dicha y verdad no se niegan;  
En los bajeles que llegan,  
Fiámulas de Egipto veo.

¿No has mirado nuestra gente

Que, triunfante y vencedora,

Hace jardines de Flora

Esas playas del Oriente,

Con galas y bizarría

Que puede envidiar el alba?

¿No has escuchado la salva

Que hace el mar á Alejandria?

Sin duda tu amante viene.

TEODORA.

Bien lo dijo mi cuidado:

Corazón enamorado,

Sombra de profeta tiene.

RUFINO.

A recibirte ha salido

Tu padre.

TEODORA.

Todos me den,

Cuantos aman, parabien

De que Alejandro ha venido.

16

# EL PRODIGIO DE ETIOPIA

COMEDIA FAMOSA

DE

## LOPE DE VEGA CARPIO

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES

TEODORA.  
ALEJANDRO.  
FILIPO.  
LEOPOLDO.

BANDOLEROS.  
ALBERTO.  
SOLDADOS.  
MARCIA.

RUFINO.  
ISIDORO.  
DEMONIO.  
ANGEL.

### JORNADA PRIMERA

Suenan cajas, y salen Teodora y Rufino.

RUFINO.  
¿Dónde vas?

TEODORA.  
A ver el mar;  
Que caja de guerra suena,  
Y es para mí una sirena  
La música militar.

El ánimo me arrebató,  
Los sentidos me suspende.

RUFINO.  
Después que el amor te ofende.

TEODORA.  
Después que el amor me mata.

Si fúe Alejandro rompiendo  
Globos de nieve y de espumas,  
En las galas y en las plumas  
Con el feñix compitiendo;

Si me llevó el alma propia,  
Que no le negué jamás,  
Para abrasármela más  
Con el calor de Etiopia,  
¿Qué mucho, si he de esperar

Su venida con cuidado,  
Que ahora me hayan turbado  
Las novedades del mar?

RUFINO.

Yo pienso que á tu desseo,  
Dicha y verdad no se niegan;  
En los bajeles que llegan,  
Fiármilas de Egipto veo.

¿No has mirado nuestra gente  
Que, triunfante y vencedora,

Hace jardines de Flora  
Esas playas del Oriente,  
Con galas y bizarría

Que puede envidiar el alba?  
¿No has escuchado la salva  
Que hace el mar á Alejandría?

Sin duda tu amante viene.

TEODORA.

Bien lo dije mi cuidado:

Corazón enamorado,

Sombra de profeta tiene.

RUFINO.

A recibirle ha salido

Tu padre.

TEODORA.

Todos me den,

Cuantos aman, parábien

De que Alejandro ha venido.

Por una parte Alejandro con bastón, gente de acompañamiento, y Filipo, negro, por otra, y Leopoldo, vicio.

Dame tu mano.

ALEJANDRO.

LEOPOLDO.

Tan glorioso y vencedor,  
Bien merece más amor.  
Mi pecho y mis brazos tiene.

ALEJANDRO.

Pudiera, como otro César,  
Sol del Imperio latino,  
Decirte con tres palabras  
Que vencí los enemigos;  
Pero quiero divertirme  
Con batallas los oídos,  
Y el ánimo con victorias  
Que ya la fama te ha dicho.  
Ese mar, ese gran monstruo,  
Que con sereno artificio,  
Para dar después asombros,  
Suele brindar al principio,  
En sus azules espaldas  
Sufrió los soberbios pinos  
Que se juzgaron eternos  
Sobre alcázares de vidrio.

En las alas de los vientos  
Las provincias descubrimos  
Donde á los hombres el sol  
Sombras de sus rayos hizo.  
Apenas en las banderas  
Vieron insignias de Egipto,  
Apenas vieron el Fénix,  
Hijo y padre de sí mismo,  
Cuando el ánimo les falta,  
Cuando desfallece el brío,  
Cuando el laurel me prometo,  
Cuando los juego rendidos.  
Entré primero vencido.  
Los pálidos Abisinios,  
Y después por Etiopia  
La mayor, la que del Nilo  
Sabe el origen oculto,  
Que quieren decir que es hijo  
Del sol, ese rey del agua  
Y monarca de los ríos.  
Del temor y de la fama  
Tuveron dudoso aviso,  
Y ejércitos se juntaron,  
Que si á su número aplico  
Las luces del firmamento,  
Las arenas del abismo,  
Y aun los átomos del sol  
Tornasolados y rizos.  
No quedarán comparados;  
Eran, en fin, infinitos:  
Su muchedumbre penea,  
No su militar estío;  
De los huesos de ballenas  
Hacen arcos, y forcidos

Nervios de elefantes son  
Las cuerdas que dan en giros  
Rayos de espino tostado,  
Con tal rigor impelidos,  
Que penetran el acero  
De mejor temple y más limpio.  
Tantos disparan á un tiempo,  
Que el sol, hermoso principio  
De las cosas, queda obscuro,  
Y eclipses nuevos ha visto.  
Animé á vuestros soldados,  
Que á la manera de erizos,  
O de espines los tenían  
Arpones del enemigo.  
Que como el otro Alejandro  
Entre los bárbaros indios  
Que bebían infante al Ganges  
Y al sol ven recién nacido,  
Ríos de púrpura humana  
Hizo correr, esto mismo  
(Perdóname aquí mi modestia)  
Sucedió á los mismos filos  
Deste acero; capitán  
Y soldado á un tiempo fuimos  
Yo y mi espada; obró mi mano  
Lo que él á voces ha dicho.

FILIPO.

El tal Alejandro viene  
Arrogante y presumido;  
Si es amante de esta dama,  
Discúplele el ser Narciso,  
Enamorado de sí.  
Pero si bien he advertido,  
Ésta es la misma que traigo  
Retratada: aquí la he visto.

Saca un retrato.

Este retrato á Alejandro  
Yo una vez le vi dormido,  
Y se le cogí curioso.  
Ella es. ¡Oh, cómo el vivo  
Color excede el pince!,  
La verdad al artificio,  
Á la sombra el sol, la vida  
Á la muerte!

LEOPOLDO.

Al fin, Egipto  
En Etiopia ha triunfado.

ALEJANDRO.

Sí, señor, y este cautivo  
Que te presento, es trofeo  
De nuestra Menfis excede.  
Calle César, calle Pirro:  
No vivió negro más valiente  
El sol.

Valiente es mi primo.

FILIPO.

¡Pícaro! ¡Primo soy vuestro!

¡Osáis burlaros conmigo?  
RUFINO.

Oigan, oigan; negro grave  
A casa nos ha venido.

FILIPO.

Y tan grave, que me atrevo (Aparte.)  
A mirar al sol divino  
De Teodora; que este nombre  
Está en el retrato escrito.

LEOPOLDO.

¡Eres cristiano?

FILIPO.

Señor,

Agua tengo del bautismo,  
Aunque malo.

LEOPOLDO.

¿Y es tu nombre?

FILIPO.

¡Qué nombre diré? Filipo.

LEOPOLDO.

¿Y cómo le cautivaste?

FILIPO.

No me cautivó: vendido  
Fui de mi misma nación.

LEOPOLDO.

Di por qué.

FILIPO.

Será prolijo  
Y me dará desconuelo.

TEODORA.

Filipo.

Señora.

TEODORA.

Dilo.

FILIPO.

Harélo, pues lo mandáis:

Yo soy hombre sin principio  
Ni origen cierto; en las ondas  
Me hallaron del padre Nilo;  
Dos pastores me criaron,  
Y mataba, cuando niño,  
Serpientes, que horror ni miedo  
Me causaban con su silbo.  
Llegando á la juventud,  
Me di al marcial ejercicio;  
Soldado soy, y en dos años  
Gané de fama dos siglos.  
Sucedió una vez acaso  
Que un astrólogo me dijo,  
Pero mintió, que no creo  
Sueños vanos y adivinos:  
Dijome que yo sería  
(En ello verdad ha dicho)  
Primer esclavo, después  
Capitán bravo y temido,  
Después rey, y más que rey  
Y emperador, con dominio  
De todo el mundo; después  
Pisóme con estos bríos.  
Que me causaron mi daño,

Porque yo, desvanecido,  
Loco, joven, intenté,  
Sin prudencia y sin juicio,  
Dar la muerte á mi Rey propio,  
Y deste enorme delito  
Fué sólo, por varios casos,  
Mi esclavitud el castigo.  
No estubo bien comprobado,  
Y prendiéronme dormido  
Las guardas del Rey. ¡Ah, sueño,  
Que cometes larcinios  
En la mitad de la vida!  
¡Oh, nunca de los sentidos  
Fuera muerte ni reposo  
De los mortales! Ya he dicho  
Brevemente mis desdichas:  
Vuestro esclavo soy, y digo  
Que por dichoso me tengo,  
Pues á tales dueños sirvo.

LEOPOLDO.

Sabes, pues, quién yo ya era,  
El Soldán, que es Rey de Egipto,  
Es el dueño, y gobernamos,  
Cuatro somos, y yo asisto  
En Alejandría; hay otros  
En otras partes; sobrimo,  
Venid, porque descanséis.

Vase.

ALEJANDRO.

Con los ojos hablo y miro  
A Teodora alegre el alma:  
Harto el silencio lo ha dicho.

TEODORA.

Amor, ¿sí atiende Alejandro  
Lo que con el alma digo?  
¡Si entenderá que el amor  
Tiene mucho de divino?

FILIPO.

¡Qué tiernamente se miran!  
¡Vive Dios que los envidio!  
Tuve al retrato afición,  
Cielos y amor he sentido  
Del original hermoso;  
Mas ¿qué negro esclavo quiso  
Sin ser negro alto sujeto?

TEODORA.

¿Cómo avisaré á Alejandro  
Que con el silencio frío  
De la noche venga á verme?  
Fuése con ellos Rufino;  
Este negro irá tras él.  
No hay recato de un cautivo.  
Filipo, sigue á Alejandro  
Y dirásle en nombre mío....

FILIPO.

Reprime la voluntad,  
Ten mudos los dos rubíes,  
Y de un negro no te fies  
Con esa facilidad;

No pases más adelante  
Si es amor el que te obliga;  
Y tu lengua no me diga  
Que es Alejandro tu amante.  
Porque este divino ornato  
De ángel, más que de mujer,  
Su valor ha de perder  
Cuando le falte el recato.  
Téngote por soberana,  
Que eres deidad me prometo,  
Y perderéte el respeto  
Viéndote fácil y humana.

TEODORA.

Basta, que el negro me ha dado  
Avisos para mi honor;  
Disimulemos, amor,  
Pues aun no me he declarado.  
¿Cómo, esclavo malicioso,  
Te atreves á presumir  
Lo que yo quiero decir?

FILIPO.

Porque me sentí envidioso;  
Y amor, que es afecto ardiente,  
Nos da á conocer su llama  
En los ojos de quien ama,  
Y el alma de quien lo siente.

TEODORA.

¡Luego el verme amar á mí  
Te había de dar tormento?

FILIPO.

No llares atrevimiento  
Si te respondo que sí.  
Porque el sol, padre del día,  
Sin otra luz que le iguale,  
Siempre para todos sale  
Con resplandor y alegría;  
Águilas y ruiseñores,  
Soberbias plantas y flores  
Humildes gozan también  
La hermosura singular  
Que le dió Naturaleza.  
Así es la humana belleza:  
Todos la pueden amar,  
Pero con distintos modos,  
Porque el sol es tan fecundo,  
Que viste de luz al mundo  
Y la pueden gozar todos;  
Y es el amor, aunque es Dios,  
Tan ciego, tan importuno,  
Que ha de dar envidia al uno,  
Que es sol que no alumbrá á dos.

TEODORA.

¿Cómo se atreve un esclavo  
Á quien no ha visto jamás?

FILIPO.

Teodora, engañada estás;  
Muchos días ha que alabo  
Al cielo que te crió  
Para ser del mundo aurora;  
Los ojos te ven ahora;

Porque él engañe á Teodora  
Y me tenga estimación,  
Seguiré mi inclinación  
Atrevida, si traidora.  
Yo deseaba un amigo  
De quien poderme fiar.

RUFINO.

No pudieras encontrar  
Con otro, si no es conmigo,  
Que sé guardar un secreto  
En las entrañas podido.

FILIPO.

Esa virtud ha tenido  
El amigo que es discreto;  
¿Sabes, Rufino, si están  
Escuchando?

RUFINO.

Solo estoy.

FILIPO.

El gran Rey de Etiopia soy.

RUFINO.

¿El que llaman Preste Juan?

FILIPO.

Si, amigo, y enamorado  
De este retrato, he venido  
Como un esclavo fingido,  
Porque tengo concertado  
Con Alejandro, que case  
Con una reina mi hermana,  
Si á Teodora soberana  
Me entregare á que la pase  
A mi reino; si tú quieres  
Irte conmigo, serás  
Lo que quisieres y aun más.

RUFINO.

¿Y que tú el Preste Juan eres?

Si sales con esos tratos  
Que tenéis los dos ahora,  
De Alejandro y de Teodora  
Habrá príncipes mulatos.  
Y en Etiopia, preguntó,  
¿Creéis en Dios por allá?

FILIPO.

Cristianos somos.

RUFINO.

Habrá  
Alguna negra de punto  
Que me venga bien á mí.

FILIPO.

Yo te daré una condessa.

RUFINO.

¿Llámaseme?

FILIPO.

Gatiburesa.

RUFINO.

¿Ese nombre tiene?

FILIPO.

Si.

RUFINO.

¿Y no se podrá llamar  
Dominga, Juana ó Lucía?

FILIPO.

¡Qué vano recato!

Por eso suple el retrato  
Fallas del original.

Á grandes cosas me inclino,  
Y cuando pobre me veo,

Robar y matar deseo.

Hasta encontrar el camino.  
Soy, aunque negro, un extremo;

Quiero entrar conmigo en cuenta:  
Soy esclavo: no es afrenta:

Muchos á lugar supremo  
De esclavitud han subido;

Pero el astrólogo ha errado:  
De mi patria desterrado

Y de mi nación vendido,  
¿Qué esperanza he de tener,

En tan penoso vivir,

De medrar y de subir?

Que entre blancos no ha de ser,  
Y más si con desvergüenza

La primera vez que vi  
Á Teodora, me rendí;

Mi mal natural comienza  
A mostrarse ya. ¿Qué haré?

Seré esclavo con modestia;  
Pero el sufrir es de bestia:

Libre y travieso seré.

Sale Rufino.

RUFINO.

Filipo amigo, yo vengo  
A ser vuestro camarada;

Esta condición me agrada:  
Afición extraña os tengo.

Yo sirvo al gobernador:  
Año famoso tenemos

Hombre soy de buen humor.  
Festejo á cierta mozuela

Más fresca que el mismo Mayo,  
Y la enamora un lacayo

Que me espanta y que la cela.  
No soy, Filipo, valiente,

Y una noche habernos de ir.

FILIPO.

El lacayo ha de morir:

Es un borrachón y miente.

¿Cómo te llamas?

RUFINO.

Tu amigo será desde hoy:

Palabra y mano te doy.

RUFINO.

Habrá salchichón y vino.

FILIPO.

¿Qué esclavo no es embustero  
Aunque la vida le cueste?

Fácil y liviano es éste:  
Creeráme: engañarle quiero.

Que el alma siempre te vió.  
Y como esclavo se siente

De tal dueño el cuerpo mío,  
Y me queda el albedrío

Tan tu esclavo quiero ser,  
Que eso que es libre te doy:

Esclavo en el alma soy  
Y nada quiero tener

Que se pueda llamar mío,  
Y no hay bien que más me cuadre

Del cuerpo es dueño tu padre,  
Pero tú del albedrío.

TEODORA.

Esto atrevimiento es.

FILIPO.

No es, señora, atrevimiento  
Decir yo mi pensamiento

Galante, honesto y cortés,  
¿Conoces esta pintura? (1)

TEODORA.

Esclavo, ¿quién te la dió?

FILIPO.

Mucho de verte te pesa.  
¿De qué reina ó qué princesa

Varios retratos no vió  
El mundo de su belleza?

Princesa y reina te ves,  
Y si la pintura es

Segunda naturaleza,  
Retrátase tu beldad

Multiplíquese tu idea,  
Y á cualquiera vista sea

Dulce objeto tu deidad.

TEODORA.

Dame ese retrato, negro.

FILIPO.

Blanca hermosa, no daré.

TEODORA.

Esclavo, dime por qué.

FILIPO.

Libre, porque yo me alegro  
De mi esclavitud, esquivá,

Con beldad tan extremada;  
Sea mía la pintada,

Pues que yo soy de la viva.

TEODORA.

Haré matarte.

FILIPO.

No harás,  
Porque tú bastas si quieres.

TEODORA.

Bachiller sin temor cres.

FILIPO.

Tú las razones me das.

TEODORA.

¡Que esté yo escuchando tal!

Volve.

Volve.

(1) Verso suelto.

Evacuar la novedad  
Que traigo en el pecho ahora;  
¡Yo conde, tú Preste Juana,  
Príncipe Alejandro!

TEODORA.  
¡Necio,  
Cuando sufro tal desprecio,  
Que se ha de casar mañana  
Alejandro, este placer  
Te trae con bufoneral  
RUFINO.

A decirte lo venía,  
Mas mañana no ha de ser,  
Que la reina Catalusa  
Está muy lejos de aquí.

TEODORA.  
¿Vienes borracho?  
RUFINO.

No y sí.  
Caliente como una estufa  
Me trae el placer, no el vino:  
El Negro es Rey coronado,  
De un retrato enamorado,  
Fingiéndose esclavo vino.

Tu hermosura es á quien ama,  
Y en habiéndote robado,  
Á Alejandro le ha mandado  
Una reina que se llama  
Catalusa, porque es casta,  
De blancos de tu beldad.

TEODORA.  
¿Qué es lo que dices?

RUFINO.  
Verdad;  
Pues que yo lo digo, basta.

TEODORA.

¡Cierto que lleva camino!  
Que un negro no se atreviera  
Á amarme, si rey no fuera:  
Llama á Alejandro, Rufino.

Sale Leopoldo.

LEOPOLDO.  
¿Estás ya determinada?

TEODORA.

Fiar no debes, señor,  
De Alejandro, que es traidor;  
Hermosura desdichada  
Tendrá mi hermana con él;  
Al Preste Juan ha traído  
Para hacerle mi marido,  
Y como tirano infiel,  
Con Catalusa se casa.

LEOPOLDO.

¿Qué dices?

TEODORA.

Lo que me toca.

LEOPOLDO.

Imagino que estás loca.

TEODORA.

¿No te digo lo que pasa?

FILIPPO.

Sí podrá.

RUFINO.

¿Con señorita

Me tengo yo de casar?  
Rabio ya porque nos vamos;  
Teodora en querrete gana,  
Que será la Preste Juana.  
¿Y quieres que te digamos  
Majestad?

FILIPPO.

Con gran secreto

Quiero estar.

RUFINO.

¿Cómo se llama

Esa reina ó esa dama

De Alejandro?

FILIPPO.

¿Eres discreto?

Todo lo quieres saber:

Catalusa.

RUFINO.

Rabio ya

Por decirlo. ¿Si heredará

La condesa, mi mujer,

Á grajos?

FILIPPO.

Una condesa,

¿Ha de tener mal olor?

RUFINO.

Achaque tengo de amor

De la gran Gátiburesa.

Un secreto es para mí

Ya purga si lo callo:

Reviento si estoy aquí:

Veinte cursos he de hacer:

Á veinte lo he de decir.

FILIPPO.

¿Sabrás callarlo?

RUFINO.

Así viva mi mujer,

La condesa de poquito.

FILIPPO.

Si no fundo sobre el viento (Aparte.)

Una máquina que intento,

Seré un prodigio de Egipto.

Salen Leopoldo y Teodora.

LEOPOLDO.

Teodora, aquello que agrada

Á los humanos deseos,

Se ha de decir sin rodeos:

En Menfis estás casada.

Leoncio es ya tu marido,

Hijo del gobernador;

Mis cuidados y mi amor

Casamenteros han sido.

Como sé que tu obediencia

Que no pienso obedecerte;  
Pasiones que dais la muerte,  
¿Sóis desdichas ó sois celos?

LEOPOLDO.  
Pues la cólera ha llegado  
Á inflamarme el corazón,  
Y ya de enemigos son  
Mi voluntad y cuidado,  
¡Por los cielos soberanos,  
Que si pasares de aquí

Hace una raya con el báculo.

Sin obedecermé á mí,  
Que has de morir á mis manos!  
Sola esta línea ha de ser  
Término en el resolverte  
Á la vida ó á la muerte;  
Mira qué eliges, mujer.

TEODORA.  
Mudos el alma y los labios,  
Sólo son lengua los ojos;  
Aquí me matan enojos,  
Allí me matan agravios.

Todo es morir, todo es rabia:  
Mi discurso no se entiende;  
Aquí mi padre me ofende,  
Allí Alejandro me agravia;  
Muera si en celos me abraso;  
Remedio en mis males no haya;  
Esta vez paso la raya.  
Inobediente la paso.

LEOPOLDO.

Tente, loca, que me temo  
Á mí mismo, porque sé  
Que he de matarte.

TEODORA.

¿Qué haré?

Que es colérico en extremo  
Y me ha de quitar la vida  
Mi padre, y puedo decir  
Que en la luz he de morir  
Cual mariposa atrevida,  
Apretada en este lance.

LEOPOLDO.

Es digna tu sinrazón  
De mi airada maldición;  
Ella, traidora, te alcance;  
Ahora bien, déjote á solas  
Porque lo puedes pensar.

TEODORA.

Engolfada en alta mar,  
Son mis desdichas las olas;  
Fin no tienen, ni sosiego;  
¿Cómo puede haber temor  
Si es hielo donde hay amor?  
¿Cómo hay nieve donde hay fuego?

Sale Rufino.

RUFINO.

Preste Juana, mi señora,

Déjeme tu majestad

Él y el Rey me han de robar,  
Como á Elena sucedió;  
Mas ¿reina de negros yo?  
¡Malos años! Ni aun reinar  
Con blancos mi pecho estina.

TEODORA.

El haberla amenazado,  
El juicio la habrá quitado.  
¡Vive Dios, que me lastimal  
Que no me ve, podrá ser  
Que vuelva en sí, yo la dejo:  
No fué en mi sabio consejo  
Violentar una mujer.

FILIPO.

¿Nada me mandáis, señoras?  
Obligáisme á que me queje.

TEODORA.

Vuestra Majestad me deje,  
Que no estoy de gusto ahora;  
Y si es que le desengaña,  
En ambición no me fundo:  
Todos los reyes del mundo,  
Roma, Egipto, Grecia, España,  
Y cuanto la luz rodea  
Del sol, no podrán jamás  
Obligarme, cuanto más  
El ser reina de Guinea.

FILIPO.

Qué, ¿ya se sabe quién soy?  
Sí, y yo soy quien lo publico;  
A Su Majestad suplico  
Que se vaya.

FILIPO.

Va me voy.  
Dulce voz es majestad:  
Aun fingida agrada al hombre;  
Por escuchar este nombre  
Haré cualquiera maldad.

Vase.

Salen Alejandro por una puerta y Rufino por otra.

ALEJANDRO.

Teodora, un bien deseado  
Tarde viene á ser creído;  
¿Es posible que he podido  
Habarte, que ya he llegado  
De la deidad que adoré?

TEODORA.

Hombre sin lealtad ni fe,  
Pluguiera á Dios que ese mar  
Tumba de cristales fuera,  
Sepulcro de olas crueles,  
Que á los gitanos bajetes  
Sucesos trágicos dierra,  
Y quedaran laureados  
Los egipcios, si vencidos,  
Destechos, rotos y heridos  
Tú con todos tus soldados.

Pluguiera á Dios, enemigo,  
Que yo llorara tu muerte  
Antes que llegar á verte  
Desposado y no conmigo.

ALEJANDRO.

Cuando tú en Menfis estabas,  
Ya sabes que yo serví  
Á Marcia, tu hermana.

TEODORA.

Sí.

ALEJANDRO.

¿Qué mucho, si tú no dabas  
Gloria y luz á Alejandro?  
Viniste, viste, adoré,  
Rico de amor y de fe,  
Esa luz, que sólo es mía,  
Para encubrir el favor  
Que me andabas persuadiendo  
Que prosiguiera fingiendo  
Que era de Marcia mi amor;  
Y así, estando en tu presencia,  
Aunque á ti los dirigía,  
Tiempos amores decía  
Á Marcia, con tu licencia.

TEODORA.

Es verdad.

ALEJANDRO.

Pues algo de esto  
Tu padre pudo alcanzar,  
Y así me quiere casar  
Cuerdo, sagaz y modesto;  
Pero yo, hermosa señora,  
Antes viviré pensando  
Que ser de Marcia, dejando  
De ser dueño de Teodora.

TEODORA.

De Catalusa dirás,  
Si es que este nombre te alegra,  
Bárbaro, que de una negra  
Amante rendido estás;

Tanto puede la ambición,  
Que por reinar entre fieras,  
Á un negro entregarme quieras,  
Que es lo mismo que á un león.

ALEJANDRO.

¿Qué dices?  
Tus palabras, cruel, esquivo,  
Que es ese negro cautivo  
Key de Etiopia ó Preste Juan?

TEODORA.

¿Y negarán  
Las palabras, cruel, esquivo,  
Que es ese negro cautivo  
Key de Etiopia ó Preste Juan?  
¡Preste Juan! ¡Viven los cielos!  
Que es un negro baladí,  
Valiente y travieso, sí.

TEODORA.

¿Cómo tiene amor y celos  
Y un retrato mío yo  
Le he visto?

ALEJANDRO.

Ahora he advertido

En que ese retrato ha sido  
El que tu mano me dió  
Al partirme, y de mi pecho  
Acaso me le han tomado,  
Ó dormido ó descuidado.  
Dime, mi bien, ¿quién ha hecho  
Tales enredos?

TEODORA.

Rufino.

RUFINO.

Engañóme el galgo á mí;  
Confieso que lo creí;  
Pero lleva más camino  
Lo que Alejandro te ha dicho:  
Prometiómeme una condessa  
Llamada Gátiburesa;  
El me pagará el capricho.

TEODORA.

¡Qué fácilmente creemos  
Aquello que deseamos!  
Á mi desdicha volvamos.

ALEJANDRO.

Nuevas desdichas tenemos.

TEODORA.

Mi padre, como enemigo,  
Ó me casa ó me da muerte;  
Trance es apretado y fuerte;  
¿Qué he de hacer?

ALEJANDRO.

¡Te conningo.  
Salte esta noche de casa,  
Y Rufino irá también,

Fues nos ha querido bien:  
No aguardes más si esto pasa.  
Vamos á Menfis.

TEODORA.

Si haré,  
Que te quiero bien al fin;  
Por la puerta del jardín  
Saldré esta noche.

ALEJANDRO.

Vendré  
Lleno de gloria á llevarte.

RUFINO.

En este puesto os espero,  
Que morir con los dos quiero.

ALEJANDRO.

Porque no pueda engañarte  
La noche, que es muy oscura,  
¿Qué seña haremos?

TEODORA.

¿Qué seña?  
Esta rosa, aunque pequeña,  
De diamante de luz pura,  
Por el balcón me has de dar.  
Y así, segura del caso  
Bajaré, que hablando paso,  
Sucite la voz engañar.

Dale una joya.

ALEJANDRO.  
Eres discreta, Teodora;  
Prevención de cuerda es.

RUFINO.

Marcia viene.  
Disimula y enamora.

TEODORA.

Fingé, pues,  
Disimula y quedáse al paño.

ALEJANDRO.

En efecto, yo adoré  
Siempre á Marcia: Marcia ha sido  
El ídolo que ha tenido  
Mi voluntad y mi fe.

Lo que Alejandro te ha dicho,  
Marcia es la gloria que sigo,  
Marcia, el sol que me da aliento;  
¡Sabe amor cómo lo siento!  
¡Sabe amor cómo lo digro!

MARCIA.

Vilos, y tuve recelos,  
Pero ya puedo alentar,  
Porque oyéndome nombrar  
Se serenaron mis celos.

¡Mi Alejandro!

ALEJANDRO.

¡Mi señoral

MARCIA.

Tu victoria y tu venida  
Fueron para mí la vida.

ALEJANDRO.

Para mí el vértice, señora.

MARCIA.

Va mi padre quiere dar  
Dulce premio á nuestro amor;  
¿Cómo has venido, señor,  
De las guerras y del mar?

TEODORA.

Que yo lo mismo he pasado  
No con menores enojos,  
Porque en el mar de mis ojos,  
Guerra la ausencia me ha dado,

ALEJANDRO.

Teniéndote en mi memoria  
Y en mi firme voluntad,  
Tuvo el mar serenidad  
Y la guerra fué victoria.

TEODORA.

¿Es posible que esto escucho?  
¿Es posible que esto veo?  
Con mis sospechas peleo,  
Con mis pensamientos lucto.  
¡Ay, Dios! ¿Si serán quimeras  
Y seré yo la engañada?

ALEJANDRO.

¿Cómo estás, mi Marcia amada?

MARCIA.

Descendo que me quieras.

ALEJANDRO.

Eso ya lo has conseguido.

MARCIA.

No tiene límite amor.

ALEJANDRO.  
Infinito es el valor  
Del mío.

MARCIA.  
Dichosa he sido.

TEODORA.  
¡Que esto pase en mi presencia!  
¡Que amor fingido dé celos!  
Aquí, aquí, divinos cielos,  
Ahora, ahora, paciencia;  
Mas quiérotos estorbar.  
Mi padre viene.

MARCIA.  
No es mi ventura tan corta  
Que me deba recelar.  
Antes en los firmes lazos  
De mi honesto amor te espero,  
En mis brazos.

ALEJANDRO.  
Yo no quiero  
Violar tus divinos brazos,  
De quien indigno me siento.

TEODORA.  
No la abrases.

MARCIA.  
Llega, llega,  
¡Mi esposo el favor me niega!

TEODORA.  
¡Qué desdicha!  
ALEJANDRO.  
¡Qué tormento!

TEODORA.  
Tú me has de matar ahora.

ALEJANDRO.  
Por darte la mano á ti.  
Pásase Alejandro al otro lado y coge en medio á Marcia.

MARCIA.  
¿Dónde vas?

ALEJANDRO.  
Pásome aquí  
Para verte bien, señora.

MARCIA.  
Danne el favor soberano  
De esposo.  
ALEJANDRO.  
Marcia reciba

Abrace á Marcia y déle á Teodora la mano por sus espaldas.

Mis brazos, y alegre viva  
La que recibe mi mano.

TEODORA.  
Ésta soy yo; mas, traidor,  
Tú me pagarás el susto.

ALEJANDRO.  
No tengas, mi bien, disgusto,  
Pues sabes mi firme amor.

MARCIA.

¿Yo disgusto?

TEODORA.

A mí lo dice.

ALEJANDRO.

La noche ha venido ya

Triste y negra, pero está

Para mi clara y felice.

MARCIA.

Trae luces.

DEMONIO.

Traición, traición!

RUFINO.

En la calle

Matan á uno.

ALEJANDRO.

Iré á ayudalle.

Vase.

TEODORA.

Vamos todas al balcon.

DEMONIO.

¿Junto á palacio ladrones?

MARCIA.

Aquella voz me da pena.

RUFINO.

Hacia los jardines suena.

TEODORA.

Vamos, Marcia, á los balcones.

Sale Filipo con espada desnuda y capa, sin sombrero.

FILIFO.

Ser esclavo, rey fingido,

Pobre y amante, es desgracia;

Las noches me han de ayudar

Con las bolsas y las capas

De cuantos blancos encuentre;

Éste me dejó una espada

Y una capa razonable;

Pero su miedo gritaba

De modo, que fué forzoso

Mudar calle y que él se vaya:

Noche, pues que primos somos

Y de un color, hazme espaldas

Para que yo en tu silencio,

Con mi espíritu y mi maña,

Tenga caudal con que entienda

La más bella y más ingrata,

Que soy hombre de valor,

Que soy hombre de importancia;

Mi inclinación voy siguiendo:

Trepar, ir á cosas altas.

Sale Alejandro.

ALEJANDRO.

No hallé á nadie á prevenir

Esta dichosa jornada;

Á Menfis con mi Teodora

Me conviene ir á mi casa.

Asisten á los balcones,  
Ó porque al galán aguardan,  
Ó por costumbre que tienen.  
Asómase Teodora al balcón.

FILIFO.

[Teodora]

TEODORA.

¿Quién me llama?

FILIFO.

Dicho y hecho.

TEODORA.

¡Es Alejandro?

FILIFO.

Si, señora.

TEODORA.

Siempre tarda

Aquello que se desea.

¿Es hera, mi bien?

FILIFO.

Y aun pasa.

TEODORA.

Aparte.

Bien dije yo, que la voz

Muchas veces nos engaña:

No me parece Alejandro.

FILIFO.

Echad desde la ventana

Un listón: vertéis quién soy.

Arrojale desde arriba un listón azul.

TEODORA.

Señas me ha dado; ya baja

Cinta que es línea del cielo.

FILIFO.

Si es que la joven le agrada,

Viendo que no es Alejandro

A mí me ha de dar las gracias.

Subid, señora, esta joya,

Para que dichosa vaya

Á ser sin precio con vos

Y á vencer la luz más clara.

Ata la joya y subela Teodora.

TEODORA.

En el tiento la conozco;

Ya desciendo confiada

Y satisfecha.

Métese.

FILIFO.

¿Qué es esto?

Mayores venturas halla

Mi deseo que yo espero.

Sale Rufino de camino.

RUFINO.

Cumplir tengo mi palabra

En ir. ¿Quién va? ¿Es Alejandro?

SI. FILIPO.  
 RUFINO.  
 Con las botas calzadas  
 Vengo de camino ya;  
 Aunque no tomé venganza  
 De aquel perro de Filipo,  
 Esclavo de mala casta,  
 Negro de olor pestilente,  
 Negro que á Rufino engaña,  
 Por librarme de él, me voy  
 Contigo de buena gana...  
 ¡Oh, quién matara á aquel galgo!

Sale Teodora.

TEODORA.  
 Adiós, Leopoldo, adiós Marcia,  
 No es mucho que por mi esposo  
 Niegue á un padre y á una hermana.  
 ¡Vamos, Alejandro mío!

FILIPO.  
 ¡Vamos, Teodora del alma!  
 Si encubres, noche, este engaño, (Aparte.)  
 Sacrificaré en tus aras,  
 Por ser negras como tú,  
 Las aromas de mi patria.

Sale coronando montes  
 A vestir los horizontes  
 Con el rosicler del día.  
 Ya sintiéndola venir  
 Entre colores tan bellas,  
 Van huyendo las estrellas  
 Por los campos de zafir.  
 Apárrate del camino  
 Porque al sueño un rato des.  
 ¡Que caminen tres sin tres  
 Calabazas de buen vino!  
 FILIPO.  
 Pues el alba con rocío  
 Va distinguiendo colores  
 En las plantas y en las flores,  
 Bien podrá mostrar el mito.  
 No soy Alejandro yo;  
 Vienes, Teodora, engañada.  
 Desembózase.

Filipo soy.  
 RUFINO.  
 ¡Desdichada  
 La madre que me parió!  
 Di en la trampa: soy perdido;  
 Negra mi ventura está;  
 Mas ánimo, y pensará  
 Que no le hemos conocido.  
 ¡Vintiera yo sin un coche  
 A no ser tú majestad  
 Y tener la voluntad;  
 Lindo picón le di anoche!

TEODORA.  
 Sin alma quedo ni aliento;  
 Cielos, hombres, plantas, fieras,  
 Aves que cortáis ligeras  
 Esas regiones del viento,  
 Suspended en mi tormento  
 La voz mal articulada;  
 No quede cosa animada  
 Con su natural placer,  
 Venga con lástima á ver  
 La mujer más desdichada;  
 Cualquiera cosa que seas,  
 Hombre, monstruo, rey, esclavo,  
 Tus pensamientos alabo  
 Si darme muerte descas;  
 Márame, para que veas  
 Una mujer de tal suerte  
 Desdichada en lance fuerte,  
 Que en esta vida penosa  
 Sólo habrá sido dichosa.  
 En los brazos de la muerte.  
 Y si no me quieres dar  
 La infausta muerte que espero,  
 Dame al menos ese acero;  
 Que yo me sabré matar.  
 Corra mi sangre á ese mar,  
 Lleven mis voces los vientos,  
 Y sean mis monumentos

## JORNADA SEGUNDA

Salen Filipo, Teodora y Rufino.

RUFINO.  
 Caminar á pie es tormento;  
 ¿Dónde vas, mal prevenido?  
 Por Teodora lo he sentido;  
 Que por mí también lo siento.  
 Fiáte, que un ángel es;  
 Son satisfacciones malas;  
 ¡Los ángeles tienen alas!  
 ¿No caminan con los pies?  
 ¿Dónde tienes la litera?  
 ¿Dónde un rocín para mí?  
 TEODORA.  
 El caminar no sentí;  
 Sólo me da pena fiero  
 Verte, Alejandro, callar.  
 RUFINO.  
 ¡Por Dios, que viene la aurora,  
 Y es menester que Teodora  
 Se detenga á descansar!

TEODORA.  
 ¡Mi bien, mi esposo, mi dueño,  
 Silencio tan divertido  
 Es haberte arreptido!

FILIPO.  
 Es pesadumbre y es sueño.  
 TEODORA.  
 Ya la aurora, hermosa y fría,

Los montes desta ribera,  
 Porque mi desdicha muera  
 Entre los cuatro elementos.  
 FILIPO.  
 Teodora, yo no pretendo  
 Tu muerte, tu vida estimo,  
 Porque con ella me animo,  
 Si te adoro no te ofendo.  
 Sombras son, que están haciendo  
 Tus luces designalar;  
 Tu resplandor me ha de dar  
 La vida que he deseado,  
 Y no estoy desesperado  
 Para quererte matar.  
 Una cosa te prometo  
 Por el alma que te di:  
 Que siempre has de hallar en mí  
 Estimación y respeto.  
 En público y en secreto  
 Cortés, no puedo ofenderte;  
 Una fortuna, una suerte,  
 Habemos ya de correr;  
 Mira si podré querer  
 Ni mi muerte ni tu muerte.  
 TEODORA.  
 Dime, porque el alma mía  
 Llore penas más constantes,  
 ¿Quién te dió aquellos diamantes  
 Si Alejandro los tenía?  
 Vergüenza tengo del día:  
 Todo es en mí confusión;  
 Si es esta la maldición  
 De un padre lleno de enojos,  
 Vertiendo estoy por los ojos  
 Pedazos del corazón.  
 FILIPO.  
 Alejandro fué, sin duda,  
 Y le quise defender,  
 Quien se supo conocer  
 En la voz; amor me ayuda.  
 Y si fácilmente muda  
 En olvido y en rigor  
 La mujer todo su amor,  
 Buena ocasión hallo ahora  
 Para que tenga Teodora  
 A Alejandro por traidor.  
 Teodora, Alejandro fué  
 Quien los diamantes me dió,  
 Porque te trajese yo  
 A ser premio de mi fe.  
 Con mi hermana le casé  
 En Etiopia, y así  
 Esclavo vine por ti,  
 Y él su palabra ha cumplido.  
 TEODORA.  
 ¿Qué rigurosa que ha sido  
 La estrella con que nací  
 Alejandro tal traición!  
 ¿Alejandro tal mudanza?  
 ¡Venganza, cielos, venganza  
 A tan justa indignación!

MI amor es ya una pasión  
 Y aborrecimiento vivo;  
 Rabia y cólera concibo  
 De mi mismo pensamiento;  
 Soy mujer sin escarmiento,  
 Soy animal vengativo.  
 ¡Vuélveme ya á Alejandría  
 ¡Ten lástima, ten piedad!  
 FILIPO.  
 Es reina la voluntad;  
 Con imperio y tiranía  
 Tengo amor y has de ser mía.  
 TEODORA.  
 Pues ¿harás dos cosas?  
 FILIPO. Si:  
 Yo te las prometo; di.  
 TEODORA.  
 Que me has de entregar primero  
 A Alejandro, porque quiero  
 Tomar venganza de mí;  
 Y has de guardar el decoro  
 A mi persona decente,  
 Hasta que mire en tu frente  
 Coronas de rayos de oro.  
 FILIPO.  
 Cortés y galán te adoro;  
 Tocar no pienso tu mano  
 Hasta que, rey soberano,  
 Con majestad y respeto  
 Me mires; mucho prometo.  
 TEODORA.  
 Eres piadoso y humano.  
 RUFINO.  
 Yo le suelto á mi condesa.  
 Porque me deje volver,  
 El condao y la mujer  
 Le perdono, y voyme aprisa  
 A cierto negocio.  
 FILIPO.  
 Donde  
 Estuviéremos los dos  
 Has de estar.  
 RUFINO.  
 ¡Aquí de Dios!  
 ¡Que por fuerza he de ser conde!  
 Deje que haya un caballero  
 Como yo particular:  
 No todos han de mirar  
 El titulillo.  
 FILIPO.  
 No quiero.  
 Salen tres ó cuatro bandoleros.  
 BANDILERO I.º  
 Subamos á esa montaña,  
 Que es su cumbre siempre amena,  
 Porque coronan su frente  
 Lentiscos y madresclvas,  
 Se dividen los caminos  
 De todas esas riberas,



Y no pasará ninguno  
Sin que rendiérenos pueda;  
Aunque el capitán faltó,  
Viva el ánimo y la fuerza  
De la gente; robar es  
Nuestro oficio: no pretenda  
Retirársenos ninguno.

RUFINO.  
Desdichas tengemos nuevas;  
Que son bandoleros éstos.

FILIFO.  
Si conmigo estás, no temas.

TEODORA.

Aun estos hombres son blancos,  
Y menor desdicha fuera.

RUFINO.

Señora, dos á dós quieren  
Que seamos conde y reina.

FILIFO.

Buenos hombres, yo camino  
Con necesidad, y es fuerza  
Que del dinero que tienen  
Partan conmigo, ó que mueran.

BANDOLERO 1.º

Loco estás; robos sustentan  
Cuantos ves en ese valle,  
Y vosotros seréis presa  
De nuestro poder ahora;  
Mira, necio, lo que intentas.

FILIFO.

Hurtar al ladrón se llama  
Casi virtud en mi tierra;

Denme las bolsas los cuatro.  
Temerario estás.

RUFINO.

¿Qué tiemblas?

TEODORA.

¡Así las joyas que traigo,  
Dulce libertad me dieran!  
¡Cielos! Maten este negro.

BANDOLERO 1.º

¿Que así el respeto nos pierda  
Un negro solo, y nos pida  
Lo que él ha de darnos? ¡Muera,  
Que ya la muerte me agrade!

RUFINO.

Basta, que de fuerza en fuerza  
Has de andar, porque naciste  
Condenada á ser Lucrecia.

FILIFO.

Bárbaros, así veréis  
Quién es el negro.

RUFINO.

Él pelea,  
Con cuatrocientos diablos;  
Al fin es rey de Guinea.

BANDOLERO 1.º

Eres portento, eres rayo  
Que pardas nubes engendran.

Vanse y salen Marcia y Alejandro.

MARCIA.

Alejandro, tu tristeza  
Paz ni treguas te concede,  
Y los límites excede  
De nuestra naturaleza.  
Teodora ausente, perdida,  
Con desdicha que da espanto,  
Sentirse debe no tanto  
Que nos acabe la vida.  
Presente está quien te adora;  
Si dices que soy tu cielo,  
¿Cómo no sientes consuelo  
Si estás conmigo?

ALEJANDRO.

¡Ay, Teodora!

MARCIA.

En mi vida vi un cuñado  
Tan lloroso y tan sentido  
Por cuñada que ha perdido;  
Baste, Alejandro, el cuidado.  
Si con la presencia mía  
Algún alivio te doy;  
Alegrate.

ALEJANDRO.

¡Loco estoy!

MARCIA.

¡Qué grave melancolía!  
Por Dios, que pienso que llora;  
Con tocarme más á mí,  
Menos que tú lo sentí.

ALEJANDRO.

¡Mi Teodora, mi Teodora!

MARCIA.

¿Tú así la llamas, estando,  
Dueño del alma, conmigo?  
Ya no sé lo que me digo:  
Creyendo estoy y dudando.

MARCIA.

Si Teodora no parece,

A Marcia tienes aquí.

ALEJANDRO.

Perdime dentro de mí;  
¡Cuánta confusión padece  
Mi discurso!

MARCIA.

Dueño mío,  
Grosero conmigo estás.

ALEJANDRO.

¡Ay, Teodora! ¿Dónde vas?

MARCIA.

Sentir tanto es desvarío.

ALEJANDRO.

Amar tanto, fué desdicha.

MARCIA.

¿Quién, amigo, te divierte?

ALEJANDRO.

Que no ha sentido tal muerte.

ALBERTO.

Llega

A tu cámara, y ausente  
Halla el viejo tu belleza;  
Halla menos á Filipo:  
Buscándole no sostega;  
Despacha muchos correos;  
Con Alejandro concierta  
Que con quinientos soldados  
Salga por toda la tierra,  
Y divididos, te busquen,  
Y que, hallándote ó no, vengan  
Á estos montes á prender  
Los bandoleros.

FILIFO.

No vuelva

Éste á decir dónde estamos;

Arrojadle de esas peñas

Al mar.

RUFINO.

Un relacionero

Merece tan justa pena.

ALBERTO.

¡Ten piedad!

Llévanle.

FILIFO.

No la conozco.

Robar tengo las aldeas

De ese valle, no los hombres

Que caminan; cuando tenga

Más soldados, ¡vive el cielo,

Que aun á Menfis acometa!

Y no temáis si Alejandro

Viene á prenderos; que empresas

Han de ser dificultosas.

Para vengar tus ofensas

Te aperebe, ya que el cielo

Te destina á esta manera

De vivir, para vengarte.

TEODORA.

Furias son las que me alientan,

Infiernos los que me animan;

Armas me das con que pueda

Vengarme yo de los hombres,

Y cebarme en sangre ajena,

Hasta que llegue la hora

Que la de Alejandro beba;

Mudaré el nombre, y de mí

Ninguna noticia tenga.

FILIFO.

¿Qué nombre será?

TEODORA.

Cleopatra.

FILIFO.

Admirarán tu belleza.

Ea, soldados, al valle,

A juntar de grado ó fuerza

Gente que nos siga, y gente

Que ni á Dios ni al mundo tema.

¿Cómo no estimas tu dicha?  
 MARCIA.  
 ALEJANDRO.  
 ¿Cómo no muero de pena?  
 MARCIA.  
 Elevado estás, señor.  
 ALEJANDRO.  
 Desdichado estás, amor.  
 MARCIA.  
 Tal olvido....  
 ALEJANDRO.  
 Amor lo ordena.  
 MARCIA.  
 ¡Mi Alejandro!  
 ALEJANDRO.  
 ¡Mi Teodora!  
 MARCIA.  
 Marcia soy.  
 ALEJANDRO.  
 ¿Dónde te fuiste?  
 MARCIA.  
 Celosa estoy.  
 ALEJANDRO.  
 Estoy triste.  
 MARCIA.  
 ¿Quién te habla?  
 ALEJANDRO.  
 Quien la adora.  
 MARCIA.  
 Amor es quien le divierte,  
 Amor es, y amor extraño;  
 Terrible es un desgano;  
 Imagen es de la muerte.  
 ¡Ah cruel!  
 ALEJANDRO.  
 ¡Ah desleal!  
 MARCIA.  
 ¡Ah falso!  
 ALEJANDRO.  
 ¡Ah ingrato!  
 MARCIA.  
 ¡Ten piedad de tanto amor!  
 ALEJANDRO.  
 ¡Ah traidor!  
 MARCIA.  
 ¡Ten piedad de tanto mal!  
 ALEJANDRO.  
 ¿Dónde estará tu mujer?  
 MARCIA.  
 Voces á los vientos das.  
 ¿Qué tienes?  
 ALEJANDRO.  
 Marcia, ¿aquí estás?  
 MARCIA.  
 ¿Ahora lo echas de ver?  
 Sale Leopoldo.  
 LEOPOLDO.  
 Hijo, que este nombre doy  
 Á tu amor, honesto y grave,  
 Ya sabe el mundo, ya sabe

Cual desdichado que soy.  
 Soldados tienes: empieza  
 Públicamente á buscar  
 Por la tierra y por el mar  
 La que ofende mi nobleza.  
 ALEJANDRO.  
 Para vencer los pesares  
 Que en el pecho illustre encierras,  
 Las cóntranas de las mares  
 Penetraré cuidadoso.  
 MARCIA.  
 Sentimientos son de amante:  
 Bien lo dice su semblante;  
 Vénquese un pecho celoso.  
 Fabio me ha dado á entender  
 Que este suceso no ignora:  
 Fabio dirá de Teodora.  
 LEOPOLDO.  
 ¡Ay, honra puesta en mujer!  
 Sale Fabio.  
 ¡Fabio!  
 FABIO.  
 ¡Señor!  
 MARCIA.  
 Le ha de obligar.  
 LEOPOLDO.  
 Fabio, di....  
 Antes de hablar, ¡ay de mí!  
 El alma me despedaza.  
 Di, sin negar, ó la muerte  
 Será quien cierre tus labios;  
 Di, si sabes mis agravios,  
 Dinos, Fabio, de qué suerte  
 Fué la ausencia de Teodora.  
 FABIO.  
 Rufino me descubrió  
 Que el negro es rey, y adoró  
 Retratos de mi señora,  
 Y que su reino partía  
 Él con Alejandro....  
 LEOPOLDO.  
 Acaba.  
 FABIO.  
 Si á Teodora le entregaba.  
 LEOPOLDO.  
 Eso mismo me decía  
 La desdichada, y locura  
 Pensé que era; ¡ay infelice!  
 A esto, Alejandro, ¿qué dices?  
 ALEJANDRO.  
 Que mi desdicha procura  
 Hacerme perder el seso.  
 LEOPOLDO.  
 Tú, Alejandro, me has traído  
 Negro que demonto ha sido;  
 Autor eres del suceso.  
 ALEJANDRO.  
 Antes, señor, imagino

Que tú en Menfis la casaste,  
 Y forzada la enviaste  
 Con Filipo y con Rufino.  
 LEOPOLDO.  
 Yo confirmo tu traición,  
 Pues ignoro con qué fin  
 Te hallé anoche en mi jardín;  
 No entraste sin ocasión.  
 Tú, Alejandro, tú inhumano,  
 Ingrato á mi amor y fe,  
 Trajiste un negro que túé  
 El Palación Troyano,  
 Á esta desdichada casa;  
 Bien mi sospecha se apoya.  
 MARCIA.  
 Y ya mi pecho se apoya,  
 Que en celos y amor se abraza.  
 ALEJANDRO.  
 No disimules, no intentes  
 Encubrir, que la has sacado  
 Sin su gusto, y que has forzado  
 Su albedrío.  
 LEOPOLDO.  
 No me alientes  
 Con vanas disculpas; di,  
 ¿Dónde está mi propio ser?  
 ALEJANDRO.  
 Di ¿dónde está mi mujer?  
 LEOPOLDO.  
 Esto es peor, ¡ay de mí!  
 ¿Cómo mujer? ¿Qué dijiste?  
 ALEJANDRO.  
 ¡Que era Teodora mi dueño!  
 LEOPOLDO.  
 Parece mi vida sueño.  
 Que de tinteblas se viste.  
 Marcia ha sido, Marcia fué  
 Con quien yo te he desposado.  
 ALEJANDRO.  
 Teodora, quien me ha robado  
 La vida, el alma y la fe;  
 Á Menfis me partiré  
 Sin que tu crueldad impida  
 Que la luz y gloria pida  
 Porque soy estrellado amante,  
 Y ella es sol que me da vida.  
 Reventó el severo amor,  
 Saltó del pecho agraviado:  
 Lo que la dicha ha callado  
 Ha descubierto el dolor;  
 Buscaré mi propio honor  
 Aunque al Soldán se le quite;  
 Sosiego amor no permite:  
 Escandella no presumas  
 En tierra ni en las espumas  
 De las aguas de Anfitrié.  
 Vase.  
 MARCIA.  
 Oye, traidor.

LEOPOLDO.  
 Dos agravios  
 Vienen á ser los que siento.  
 MARCIA.  
 En tal modo de tormento,  
 Llorad, ojos; callad, labios.  
 LEOPOLDO.  
 Los hombres nobles y sabios,  
 Buscaron satisfacción;  
 Yo vengaré tu traición.  
 MARCIA.  
 Ardiendo quedo entre hielos;  
 ¡Ay desengaños, ay celos,  
 Aspíctas del corazón.  
 Váase. Salen Teodora, Rufino y handoleros.  
 BANDOLERO 1.º  
 Mujer, animosa estás;  
 ¡Vive Dios que has pecado  
 Como un valiente soldado!  
 RUFINO.  
 ¿Como uno no más, no más?  
 Como diez, y si ha de ser  
 Uno, ha de ser como yo.  
 BANDOLERO 1.º  
 Nadie en la ocasión te vió.  
 RUFINO.  
 ¿Como me había de ver,  
 Si fui fantasma soldado?  
 ¿Cuántos en una pendencia  
 Se escurren, y hacen ausencia,  
 Y en pasándose el nublado  
 Se aparecen!  
 TEODORA.  
 Pues, amigo,  
 Si el agravio da furor  
 Y la furia da valor,  
 Y del mio sois testigo;  
 Si os ha obligado el saber  
 Mis desdichas y quien fui,  
 Porque ya viven en mí  
 Nueva vida y nuevo ser,  
 En campaña me he de estar  
 Haciendo nueva alianza  
 Á título de venganza,  
 No á título de robar.  
 Muchos nobles caballeros,  
 Cuando ofendidos se hallaron,  
 En la campaña se armaron  
 Con nombres de bandoleros;  
 Que el robar es accidente  
 Para sustentarse.  
 BANDOLERO 1.º  
 Bien.  
 TEODORA.  
 Todos renombre me den  
 De capitán, que tal gente  
 Parece mal amparada  
 De un negro, si yo os gobierno,  
 Vuestro nombre será eterno  
 Por los filos de esta espada.

Un perro, un esclavo mío,  
¿Ha de ser vuestra cabeza?  
¿No es deshonra? ¿no es bajaiza?  
¿Tenéis valor? ¿tenéis brío?  
El delito en que vivís,  
Si las venganzas seguís  
De una famosa mujer.

BANDOLERO 1.º  
Bien has dicho; pero ¿cómo,  
Si este negro es invencible,  
Se ha de hacer?

TEODORA.  
No es imposible  
Si yo á mi cargo lo tomo.  
BANDOLERO 1.º  
De fuego un arma inventó  
Que es rayo de espanto lleno.

TEODORA.  
De ese rayo y de ese trueno  
Pienso ser Júpiter yo.  
Viendo sus ojos dormidos,  
Entre esos sauces y peñas,  
Hasta que yo os haga señas  
Podéis estar escondidos.

Vanse los bandidos.

RUFINO.  
¿Qué es lo que intentas, señora?  
¿Por qué ocasión no buscamos  
Y destos montes nos vamos?

TEODORA.  
¿Como ha de volver Teodora  
Disfameada á Alejandría?  
Aunque la guardó su honor,  
Deja que de mí valor  
Nazca la venganza mía.

Sale Filipo con una pistola.

FILIPO.  
¡Mi Cleopatra!

TEODORA.  
¿César mío!

FILIPO.  
¡Qué amorosa novedad  
Te ha dado tanta piedad,  
Que parece desvarío?  
¡Tú apacible, tú sin amorosa,  
Tú sin desdén, tú sin llanto!  
Teodora, mucho me espanto;  
Que dejar de ser hermosa  
Más fácil me parecía  
Que dejar de ser cruel.  
Cuando este instrumento infiel  
De la humana tiranía,

Viva imagen ha sacado  
De tu esquivada condición,  
Porque tiene en su traición  
El fuego disimulado.  
Ningún mortal, hasta aquí,  
Lo supo ni lo inventó;

RUFINO.  
El autor he sido yo,  
Y nadie después de mí  
Lo ha de ver ni ejercitar,  
Porque es secreto, y es uno,  
Si yo en otro siglo alguno  
No lo acertare á inventar.

TEODORA.  
Siéntate aquí, porque quiero  
Que descanses y reposes.  
FILIPO.  
A ser gentil, á los dioses  
Dedicara lisonjero

Favor que de tí recibo.  
Desvanecerme no quieras:  
Que eres Cleopatra de veras,  
Y no es César tu cautivo.  
Recuéstase en las faldas.

TEODORA.  
Causó amor la cortesía,  
Y el amor que vas gozando  
Es alba que está juntando  
Las tinieblas con el día.  
Arrima aquí la cabeza.

FILIPO.  
Aunque es de amor privilegio,  
Cometeré sacrilegio  
Profanando tu belleza;  
Las aras de tu beldad  
Cortés y amante venero.

TEODORA.  
Filipo, mucho te quiero:  
No es monte la voluntad.  
Duermes, descansa, y mi voz,  
Tal cual es, esposo y dueño,  
Reclamo será del sueño,  
Porque en la aurora veoz  
Ocio á tu fatiga sea.

RUFINO.  
Arrullarás lindo niño.  
Él es famoso brinquito  
De alabastro de Guinea.

Canta Teodora:  
En los brazos de Cleopatra  
Marco Antonio está durmiendo,  
Y las flores y las aves  
Le causan el dulce sueño.

FILIPO.  
¿Qué será tanto favor?  
Cuidado y dudas me da.  
RUFINO.  
¡Alerta, despierto está!

FILIPO.  
Veré en qué para este amor.

Cantan.  
No hay cosa que, rigurosa,  
Pueda dividir dos pechos  
Que en sierras, montes y prados  
Viven sin ansias de celos.

RUFINO.  
No hay música como el vino  
Para dormirse de presto.  
TEODORA.  
Es yerro, y duermes con esto.

RUFINO.  
No te descuides.  
TEODORA.  
Rufino,  
Ahora que está durmiendo

¡Cómo me ha venido junto  
Tanto amor!  
RUFINO.  
Yo no lo entiendo.  
TEODORA.  
Quiero á Filipo de suerte,  
Que á Alejandro le anticipo;

Su ausencia es sólo mi muerte.  
RUFINO.  
Del respeto y bizarría  
Con que contigo procede  
Nace este amor.

TEODORA.  
Mucho puede  
Obligar la cortesía.  
FILIPO.  
Parece que soy querido;  
Doyme al sueño sin cuidado.

Toma la pistola.  
TEODORA.  
¡Que su genio haya inventado  
Este instrumento temido!

El merece que le quiera:  
Lleno de artificio está,  
Y en saltando ésta, le da  
Sus rayos la cuarta esfera.

RUFINO.  
Es el espanto del valle.  
¡Artificiosa crueldad!

TEODORA.  
Y con éste no hay piedad!  
RUFINO.  
¡No supiera yo inventalle!

TEODORA.  
Haz la señal.  
RUFINO.  
Húchoho, húchoho,  
Sacres, el diluvio escampa;  
El cuervo cayó en la trampa;  
Con la purga se durmió.

Salen los bandóteros con una sogá.

BANDOLERO 1.º  
Lleguemos paso. (Aparte.)  
RUFINO.  
Eso sí,

Miedo y silencio.

BANDOLERO 2.º

Estos lazos  
Serán prisión de tus brazos,  
Que en otro tiempo temí.  
RUFINO.  
Ea, pues, haced de modo  
Que se nos suelte.

Añale.

FILIPO.  
¿Qué es esto?  
TEODORA.  
Lo que el hado te ha dispuesto,  
Todo acaba, expira todo;

Llegó tu fin.  
FILIPO.  
¿Qué mortal  
Puede darme á mi tormento?

TEODORA.  
Yo con tu mismo instrumento.  
FILIPO.  
Inventé mi propio mal.  
¡Ah, falsa, que me he perdido

Sin prudencia, sin acierto,  
En tu hermosura despierto,  
En tus engaños dormido!  
El que en tus faldas dormía,  
Bien merece este pesar,  
Pues dejaba de gozar

La gloria que en tí tenía.  
Mátame, tira; que firme  
Pagar quiero en esta parte,  
No la culpa de adorarle.

La culpa, sí, de dormirme.  
Ya veo que á la mujer  
De rostro más singular,  
Se ha de querer y adorar,  
Pero no se ha de creer.  
Y aquí la experiencia veo:  
Tú, sin lealtad ni decoro,  
Me matas porque te creo.

Yo muero porque te creo.  
TEODORA.  
No has de morir por mi mano.  
FILIPO.

Pues si me tienes amor,  
La muerte será favor,  
Y favor muy soberano.

TEODORA.  
Finezas no son aciertos;  
Mi amor en esto se funda;  
En esta sima profunda,  
Donde están los cuerpos muertos  
De los hombres que matamos,  
Le echad vivo, y desta suerte,  
Es el linaje de muerte  
Que él me daba, el que le damos.

Yo, atada á su compañía,  
Sombra, cadáver fatal,  
Padece este mismo mal;  
Imite el la pena mía.

Viva entre muertos, reviente,  
Para ejemplo y escarniento,  
Ese asombro, ese portento  
Que nos vino del Oriente.

FILIPO.

Traidores, no soy mortal;  
Que mi nombre será eterno,  
Y ni el cielo ni el infierno  
Me han de vencer.

RUFINO.

Nuestro Preste Juan blasfema.  
BANDOLERO I.  
En vano el negro se anima.

TEODORA.

Arrojadle ya en la sima  
Para que á los cielos tema,  
Ó morirá desta suerte  
Si se resiste.

FILIPO.

¡Ah, traidora!  
¡No darás á quien te adora,  
Dulce fin, sabrosa muerte?

RUFINO.

¡No se suelte: ojo avizor!  
FILIPO.

Villanos, sólo atrevidos  
Con hombres que están dormidos.  
¿Qué cobarde no es traidor?

BANDOLERO I.

Hoy verás si eres eterno;  
Recoged, muertos, allá  
Este vivo.

RUFINO.

Destá va.  
Échanle en la sima.

FILIPO.

¡Válgame todo el infierno!

RUFINO.

Desesperóse; tal es  
El saltillo. ¡Vive el cielo,  
Que es una sima sin suelo!  
Si cae el perro de pies,  
Como el gato, ¡ah, Preste Juan!  
Y si no está muy de prieta,  
Meriéndese ese mazapán.

Tira una piedra.

TEODORA.

Ya de mi agravio importuno  
Se va librando mi vida;  
Des me tienen ofendida:  
Venganza tomé del uno.  
Muera el que rompió la fe,  
Como éste que me idolatra.  
tonos.  
¡Viva la nueva Cleopatra!

A descender le ha obligado.

LESBIA.

Y yo pienso que ha parado.

TIRSO.

Vuévale Dios acá arriba.

LEONIDO.

¿Juego no piensas tirar,  
Que lo remites á Dios?

TIRSO.

Aunque tiremos los dos,  
Él es quien ha de ayudar.

LESBIA.

Á sepulcro huele.

TIRSO.

Es tumba  
De la fera más feroz;

LESBIA.

Aquí se pierde la voz,  
Como en bóveda retumba.

TIRSO.

Pregunta si tiraremos.  
¿Sacarémosle, Leonido?

LESBIA.

En eco se ha dividido  
La voz.

TIRSO.

¿Qué señas haremos?  
Dadle voces por aquí

LESBIA.

Hasta que pueda escuchar;  
¿Es hora ya de tirar?

TIRSO.

Responde, avisa que sí.  
Dentro.

FILIPO.

Si.  
El eco nos respondió.

TIRSO.

Si el sitio espanta y admira,  
Dél te retira.

FILIPO.

Tira.  
Piensó que nos avisó.

TIRSO.

Suba, tiremos; que espero  
Ver premiado este trabajo

LESBIA.

Y que suban de allá abajo  
Leonido, ropa y dinero.

TIRSO.

Él viene, presto le halló;  
Y pues calla, cierto ha sido

LESBIA.

Que trae mi hacienda Leonido;  
Abrazale piénsalo yo

TIRSO.

En abriticias.  
Si ha de ser,

LESBIA.

Ya está arriba quien te adora.  
Vengas, Leonido, en buen hora.

TIRSO.

Sacan á Filipo.

Un demonio soy, mujer.

LESBIA.

¡Válgame Dios!

FILIPO.

Hoy me valgan  
Cuantos santos Dioses estima.

LESBIA.

¡Que entrase un hombre en la sima,  
Y que los demonios salgan!

TIRSO.

¡Huye, Tirso!

FILIPO.

¿Cómo al otro no sacáis?  
Si vosotros le dejáis,

LESBIA.

MI condición es más fera.  
A dejarle me resolví:

TIRSO.

No tengo alma agradecida;  
De nuevo vuelvo á la vida,  
Para grandes cosas vuelvo.

LESBIA.

Deme este robe sus brazos,  
Que rísticas armas sean.

FILIPO.

Y esas montañas me vean  
Vengarme, haciendo pedazos  
La que matarme quería,

TIRSO.

Aunque mis ojos la adoren,  
Aunque los suyos me lloren,  
Aunque su boca me ría.

LESBIA.

Deshoja un tronco y vase.  
Salen Teodora, Rufino y Bandoleros con una ces-  
tilla de merienda.

RUFINO.

Ya á la Tebaída de Egipto  
Viene tu primo Alejandro,

TEODORA.

Para prendernos á todos,  
Con cuatrocientos soldados.  
En este valle que miras,  
Selvas hacen de penachos;

LESBIA.

Démonos de bueno á bueno.  
Viene á pagar mis agravios.

TIRSO.

¿Cómo? ¿Tendrás ¡Vive el cielo,  
Que es invencible este brazo!

LESBIA.

Y para que se conozca  
En el mundo el poco caso

TIRSO.

Que hacemos de ellos, Rufino,  
Sirva de mesa este prado,  
De manteles estas flores,

LESBIA.

De vírtios el alabastro  
De este arroyo, merendemos  
Animosos y bizarros;

TIRSO.

Mis camaradas sois todos,  
Tú no eres ya mi criado:  
Capitán soy apacible,

RUFINO.

Cuanto valiente; sentaos.  
Cleopatra ha dicho muy bien:  
Merendemos y bebamos;

Que después tendremos miedo.  
TEODORA.  
Vaya cada cual contando  
Lo que ha hecho en estos montes.  
BANDOLERO 1.<sup>o</sup>  
Yo he muerto cuarenta y cuatro.  
RUFINO.  
Lindo verdugo habrás sido.  
BANDOLERO 1.<sup>o</sup>  
Dos aldeas he quemado,  
Y he robado buenanamente  
Más de veinte mil escudos,  
Y ha solamente dos años  
Que estoy en este ejercicio.  
RUFINO.  
¡Dos años! ¡Engaño bravo!  
A haber más tiempo, heredero  
Fuera del género humano:  
¡Valiente sastré montés,  
Valiente aguacil del campo!  
BANDOLERO 2.<sup>o</sup>  
Yo he quemado tres lugares,  
No maté, piadoso, á tantos.  
RUFINO.  
Éste es breve por comer  
Y es un bendito ermitaño:  
Quema y no mata. ¡Qué hará  
Aquella cara de diablo,  
Aquel negro, entre los muertos?  
Desde aquí brindaré al galgo.  
Brindis.  
Sale Filipo.  
Filipo.  
Haré la razón.  
RUFINO.  
Triste Rufino! Borrachos  
Pienso que tengo los ojos;  
El negro ha resucitado,  
Ó hay puerta falsa en la sima;  
Válganme los Reyes Magos,  
Pues también soy de Etiopía.  
TEODORA.  
Sombra ó demonio, ni espanto  
Ni cuidado me has de dar.  
¿Cómo saliste?  
Filipo.  
Yo salgo  
Á ser asombro de Etiopía,  
A deshacer como rayo  
Sus alcázares y torres;  
Y á ti, cruel, no te mato  
Satisfaciéndome mi ofensa,  
Para que mueras despacio  
Mirando á quien aborreces.  
Cáddaver hoy, á mi lado  
Has de andar como querías  
Que yo muriese.  
TEODORA.  
Bizarro  
Es el ánimo que tengo:

Ni temo ni me acobardo;  
Morirás.  
Filipo.  
Soy inmortal:  
La pistola; teme el fuego,  
Ya que no temes mi agravio.  
RUFINO.  
Oyes, Alejandro, sube;  
Todos en la red estamos,  
Blancos y negros.  
Sale Alejandro y los que pudieren.  
ALEJANDRO.  
Son ellos,  
Los bandoleros.  
TEODORA.  
Buscando  
Vienes, villano, tu muerte:  
¿Conóceme?  
ALEJANDRO.  
Y es bizarro  
Tu valor, siendo mujer.  
TEODORA.  
Defiéndete de mis manos;  
Que habrás menester las tuyas.  
ALEJANDRO.  
No ofendo á una mujer.  
TEODORA.  
Falso,  
Que una tienes ofendida,  
Aunque yo soy otra, y rayo  
De los cielos, no mujer.  
ALEJANDRO.  
Descubre el rostro.  
TEODORA.  
Te ha de matar; si lo haré.  
Descíbrese.  
ALEJANDRO.  
¡Válgame Dios!  
TEODORA.  
Admirado  
Quedaste de tu traición.  
ALEJANDRO.  
Teodora, ¿qué es esto?  
TEODORA.  
Engaños  
Y traiciones tuyas.  
ALEJANDRO.  
Oye:  
Cuando de vengarme trató,  
No escucho más falsedades;  
Mataréte.  
Filipo.  
Si buscando  
Vienes bandoleros, yo  
Soy quien aquí les amparo;  
Déjame le dé la muerte,  
Porque celos ó desmayos

Trofeos son que ha dado la victoria,  
Porque muchas ciudades,  
O temiendo del negro las crueldades,  
O excusando rigores  
De tus soberbios tres gobernadores,  
Á Filipo le han dado,  
Y rey de la Tebaida le han llamado;  
Y aunque el Soldán es niño,  
Sol que al alba da luz, hermoso armíño;  
Rebeldos aclaman  
Una sombra por Rey, y á Egipto infaman,  
Porque parece sueto  
Que adoren negro Key teniendo dueño.  
BANDOLERO 1.<sup>o</sup>  
¿Teodora no ha podido  
Salir de su poder?  
RUFINO.  
Argos ha sido  
El negro vigilante,  
Si bien la respetó cortés, amante;  
Yo, siguiendo á Teodora,  
Ladrón he sido, y su vasallo ahora.  
BANDOLERO 1.<sup>o</sup>  
Ya á coronarse sale:  
Mucho el valor con la fortuna vale.  
Suenan cajas; salgan los que pueden; sacan una corona; ha de haber un trono de hierbas, y sientase en él Filipo.  
Filipo.  
Estas hierbas y flores,  
Con aplauso de pardos rufisefores,  
Son el rústico trono  
Donde por Rey de Egipto me coronó.  
Ya sólo á la voz mía  
Resiste con valor Alejandria;  
Yo pisaré su frente  
Con el copioso ejército valiente  
Que sigue mis banderas;  
A Menis pasaré destas riberas,  
Y en mi fortuna varia,  
Toda Africa será la tributaria  
Á mi Teodora hermosa,  
A quien coroné hoy, cándida rosa;  
Mercedes liberales,  
Haré á todos aquellos que, leales,  
Siguieren mi fortuna  
Y el estandarte de la media luna,  
Donde su empresa dice:  
Hasta que llene no será infelice.  
BANDOLERO 1.<sup>o</sup>  
Yo pongo á Vuestra Alteza  
La diadema Real en la cabeza;  
Que valiendo un tesoro,  
De pirámides consta y rayos de oro.  
Filipo.  
Yo juro, yo prometó  
De guardáros justicia, el nombre aceto  
De señor soberano.  
Piadoso Rey será, no Rey tirano;  
El laurel será oliva.

## ACTO TERCERO.

Salen Rufino y Bandoleros.

RUFINO.  
Venció el negro valiente  
La batalla que viste, indiferente;  
Y Alejandro, vencido,  
Un prisionero de su esclavo ha sido.  
Ese aplauso, esa gloria,

Viva el nuevo Soldán!

BANDOLERO 1.º

TEODORA.

¡Filipo viva!

BANDOLERO 2.º

De Menfis, rebelada,

Te traigo, insigne Rey, una embajada:

Rendida á tu persona,

Te ofrece la obediencia y la corona.

BANDOLERO 1.º

De Maroc, patria mía,

Conocida en la docta astrología,

Y traigo un gran presente,

Y previene diademas á tu frente.

FILIFO.

Mi valor las reciba.

TEODORA.

¡Viva el nuevo Soldán, Filipo viva!

RUFINO.

Parece que Filipo se ha soltado

Del portal de Belén; Melchor pintado

En cuadro de los Reyes me parece.

FILIFO.

¿Qué dices?

RUFINO.

Que merece

Mil coronas tu Alteza, como á mona

Le obedezco, y le hago buzcrona.

Sale Alejandro.

ALEJANDRO.

¡Bárbaro! ¿Qué atrevimiento

Es el tuyo? ¿No te corries

De fundar soberbias torres

En las regiones del viento?

¿No ves que la tiranía

Es, cuando más se apercebe,

Un efímero que vive

Sólo el discurso de un día?

Si el ser necio te profana,

Claro está que, con derecho,

Los mismos que Rey te han hecho,

Te han de deshacer mañana.

¿Qué tirano acaba bien?

¿Qué violencia permanece?

¿Qué pompa no desvanece?

¿Qué mudanzas no se ven

En la humana ambición?

Ser ladrón el que sola

Lo vemos, cada día

Rey se llame, mas que un ladrón

Violencia no ha de durar,

Porque á veces suele dar

Relámpagos la fortuna.

FILIFO.

Estás cerca de morir.

¿Qué mucho que desvantes!

¿De mi corona te ríes?

¿A más tengo de subir.

Holgara que esta belleza

¿Dónde hay muerte para mí

De más trana crueldad?

Sólo te ruego me digas

¿Por qué me matas?

TEODORA.

¿Por qué

Quieres, ingrato sin fe,

Que renueve mis fatigas?

A Filipo me entregaste,

A Filipo me vendiste,

Y los diamantes le diste.

ALEJANDRO.

Teodora, tú te engañaste.

Filipo, cuándo te di

Diamantes?

RUFINO.

Gentil enredo.

FILIFO.

Siendo Rey, mentir no puedo:

Cuando era esclavo mentí.

Fuéime entonces permitido:

No lo puede ser ahora.

El no me ha dado, Teodora,

Diamantes, ni te ha vendido.

ALEJANDRO.

Yo te pudiera querer,

Ingrata, con falsedad,

Más disculpo tu crueldad;

Pero bien pudiera ser

Que quien las ausencias vió

Sin morir mil muertes fieras,

Sin duda no amó de veras,

Sin dnda que me engañó.

Mátame, porque sin ti

Pueda vivir, no porque

Rompí contigo la fe,

No porque yo te mentí.

TEODORA.

Si no engañaron tus ojos,

Si no mintieron tus labios,

Predades son mis agravios,

Lágrimas son mis enojos.

Vive, Alejandro; que así

Más habrás de padecer:

Si amando me has de perder,

La última tengo de ti.

Muerte te doy en la vida,

Pues que con rigor tirano

No te puedo dar la mano,

Que al Rey la tengo ofrecida.

FILIFO.

Yo, Teodora, las dos cosas

Que me pediste cumplir;

Que cortés amante fui

En este trono de rosas.

En rísticas madre selvas

Te has de asentar, y la mano

Darás al que es soberano

Señor de montes y selvas.

TEODORA.

¿Quién ha visto otra mujer

Con más tormento y pesar?

¿Que la mano le he de dar

Y Alejandro lo ha de ver?

Cualquier desdicha y dolor

Que era mayor sospechaba;

Pero siempre me engañaba.

Porque aqueste es el mayor:

Ahora bien: oye, tirano:

Para darte más favores,

Deja que corte unas flores

Y yo te de la mano

Con un ramillete; así

Lo acostumbrañ las gitanas.

Vase.

FILIFO.

Luz de luces soberanas

Eres; y digo que sí.

ALEJANDRO.

Siendo el sentido mejor

La vista, en el mal que siento

Los ojos son mi tormento,

Los ojos son mi dolor.

¿Pena he de ver tan notorial

¡Mirar tengo tal desdicha!

Morir antes fuera dicha.

Cegar antes fuera gloria.

¡Un esclavo ha de gozar

La gloria que he pretendido!

¡Ah, cruel, tú lo has querido:

La mano le quieres dar!

Entre las flores más bellas,

Pues tu nombre propio inflamas,

Y ya Cleopatra te llamas,

Aspides halles entre ellas.

FILIFO.

Muere rabiando de ver

Que conmigo se desposa;

La dchidad es poderosa,

Y tú mi esclavo serás,

Porque esclavo no me nombres;

Prodigio soy de los hombres.

ALEJANDRO.

Infierno de ellos, dirás.

Sale Teodora con la mano cortada, la otra sana.

TEODORA.

Hijo soberbio del Nilo,

Rey tirano, Rey injusto,

Atiende al trágico modo

Con que mi palabra cumplo.

Para admirar mi valor

Paren su rápido curso

Los cielos, y aclamaciones

Me den las lenguas del mundo.

Yo, aquella que las desdichas

Por propios alientos tuvo,

Ciudadana de los montes,

Compañera de los brutos:

Yo, miserable ruina

19

De celestiales influjos,  
Que en su infancia nacimiento  
Ninguna estrella me supo  
Dar vislumbres de dichosa.  
Yo, pues, á los cuatro lustros  
De mi edad amé á Alejandro  
Con amor tan importuno,  
Que no permití sosiego  
Á la vida, y al discurso,  
Correspondió menos él,  
Si fueron engaños suyos.  
Vivi alegre y confiada,  
Pero si estado ninguno  
Tiene firmeza, mal puede  
Ser inmortal nuestro gusto.  
De las guerras de Etopia  
Volvió vencedor, y trujo  
Ese prodigio, ese monstruo,  
Que en estos montes incultos  
Es asombro de las gentes  
Desde el Nilo hasta el Danubio.  
Una desdichada noche,  
Que envolvió en su manto obscuro  
Las luces de los planetas,  
Por Alejandro le tuvo  
Mi desdicha; mas ¡ay triste!  
¿Cómo á mi misma me sufro?  
¿Cómo viboras no son  
Las palabras que pronunció?  
Paris fué y Elena fué;  
Considerad el disgusto,  
Pena y rabia de mi pecho,  
Cuando á los cabellos rubios  
Del alba, en esas esferas  
Vi esta sombra, vi este busto.  
Para defender mi honor,  
Mal opinado y seguro,  
Mi mano le prometí,  
No consintiendo descuido  
A su amor ni á mi recato.  
Esto es verdad, yo lo juro  
Por los cielos, pero ¿quién  
Dará á las lenguas del vulgo  
Freno y crédito, si yo  
Con mi riesgo no le busco?  
Mano y flores le ofrecí,  
Y entre peñales duros  
Hizo mi sangre clavéles,  
Con que en los prados dibujo  
Mi desdicha; esa es mi mano.

Dáscela.

Toma, que así restituí yo  
Vida á mi fama, si así  
Á la misma vida injurio.  
Y plegue á Dios, Rey tirano,  
Que tu majestad en humo  
Se resuelva, y que tu imperio  
Por siglos cuente minutos.  
Despedado de esos montes,  
Factón de ese mar profundo,

En los buches de esos peces  
Tengas misero sepulcro.  
Desto desdichado reino  
Vengan sobre ti diluvios  
Y ejércitos de soldados,  
Que con sangre anegue el tuyo,  
Mientras que yo, desdichada,  
Por esos campos discuro,  
Dando voces á los cielos,  
Llamando el último punto  
De mi vida, y como loca,  
Esos árboles consulto,  
Esos arbustos habito,  
Esas cavernas ocupo,  
Esos desiertos penetro,  
Esas soledades busco,  
Y esos cristales alegres  
Con mi sangre y llanto enturbio.

Vase.

ALEJANDRO.

Oye, varonil mujer;  
Nueva Porcia, espera: tuyos  
Son los blasones de Roma;  
Espera, escucha.

RUFINO.

En el rucio  
De Alejandro, más veloz  
Que el mismo viento, se puso  
Y va corriendo.

Dentro.

ALEJANDRO.

¡Teodora!

Dentro.

TEODORA.

¡Alejandro!

Dentro.

ALEJANDRO.

¿Quién te pudo

Matar así?

TEODORA.

Mi desdicha.

ALEJANDRO.

Espérame.

TEODORA.

No te escuchó.

ALEJANDRO.

¡Mi Teodora!

TEODORA.

¡Mi Alejandro!

BANDOLERO 1.º

Sigo su ligero curso.

BANDOLERO 2.º

Admiro su nombre eterno.

BANDOLERO 3.º

Su misma crueldad disculpo.

Vanse.

Una noche triste, obscura,  
Que buscando la luz va;  
El que quiso ser eterno  
En mármoles de Lisipo.  
¿Eres acaso Filipo?  
FILIPO.  
Hombre he sido del infierno;  
Ese soy, que el resplandor  
De la verdad voy buscando.  
ISIDORO.  
Bárbaro, que das, robando,  
A esas montañas temor,  
Si Rey de Egipto te nombras,  
Si muerte son tus blasones,  
¿Qué verdad buscan sombras?  
FILIPO.

Esta corona que ves  
En lugar tan indecente,  
Ha de bajar de mi frente  
Á que la pisen tus pies;  
Huella, padre, mi locura,  
Ultraja mi atrevimiento;  
Permiteme en tu convento  
Una celda ó sepultura,  
Donde, en lágrimas deshecho,  
Haga vida de cristiano.  
Y da sepulcro á esta mano  
Con que Dios llamó en mi pecho.  
Oculto mi nacimiento,  
De las aguas me sacaron,  
Y así, Moisés me llamaron,  
Pero yo, con otro intento,  
Y Filipo me llamé;  
Callé este nombre hasta aquí  
Pues que del Nilo nació.  
¿Serás firme?

ISIDORO.

FILIPO.

Sí seré.

ISIDORO.

¿Hasta cuándo?

FILIPO.

Hasta la muerte.

ISIDORO.

¿Te vencerás?

FILIPO.

Seré fuerte.

ISIDORO.

¿Quién te da valor?

FILIPO.

La fe.

ISIDORO.

¿Sabrás ser humilde?

FILIPO.

Sí.

Porque sé que soy gusano.

ISIDORO.

¿Sabrás sufrir á un tirano?

FILIPO.

Y yo, amante, confuso,  
Gego mirando estoy, y hablando mudo.

Esta mano ha derribado

Mis soberbios pensamientos,

Pasó mis atrevimientos,

Mi desdignio ha parado,

Mi discurso ha suspendido;

¡Ah mano, que ejemplo has sido

Del honor y honestidad!

Brasas de Porcia, callad!

Que esta mano os ha vencido.

¿Es posible que yo fui

La torpeza de mi amor,

¿Puso á una mujer así?

Nuevo espíritu hay en mi

Viendo estos dedos crueles

Contigo, y que son claveles

Los que ya fueron espumas;

Mi muerte escriben sin plumas,

Mi mal pintan sin pinceles.

Otro soy, porque esta mano

Es celestial instrumento

Con que tendrá cumplimiento

Un pronóstico profano.

Imperio da soberano

La virtud, porque es reinar

Servir á Dios; montes, mar,

Adiós, porque de este modo

Pueda en mí cumplirse todo

Con pompa más singular.

¿Y si es dueña del amor

Esta mano, ó sol pequeño?

Pero estando sin su dueño,

Da lástima, da dolor.

Ya el blando afecto es horror

Que me lleva con violencia,

Y pues que fué mi inelencencia

Prodigiosa tiranía

Ser tengo desde este día

Prodigio de penitencia.

Aquí en dulce soledad

De la Tebaida que adoro,

Vive el famoso Isidoro,

Padre de toda verdad.

Llama á una ermita que ha de haber.

Ea, corazón, tomemos

Súbita resolución,

Este impulso es vocación;

Ejemplo eficaz tenemos:

¡Padre Isidoro!

Sale Isidoro de ermitaño, barba larga y saco pardo.

ISIDORO.

¿Quién llama?

FILIPO.

Un negro que ya

Alma quiere blanca y pura;

SI SABRÉ, que esclavo fui.  
 FILIPO.

Entra, porque en Dios espero  
 Verte un santo prodigioso.  
 FILIPO.

Círculo majestuoso,  
 Engaña el más fisonjero,  
 Huyendo vengo de vos,  
 De soberbia sois abismo,  
 Y Rey será de mí mismo  
 Siendo un esclavo de Dios.  
 Vase.

Salen Alejandro, Leopoldo, Marcia y Alberto.

LEOPOLDO.  
 Ya que las sombras caen de esas montañas,  
 Y el sol peina sus rayos en las ondas,  
 No marche más la gente: en ese valle  
 Alto pueden hacer los que me siguen;  
 Leales á su Rey en este tiempo  
 Que Egipto, rebelado y dividido  
 En bandos, reconoce dos señores,  
 Uno tirano y otro verdadero.

ALEJANDRO.  
 Basilio y yo nos obligamos  
 A prender ó matar al Rey tirano;  
 Que fingiendo que somos bandoleros,  
 Por el Soldán daremos nuestras vidas.

LEOPOLDO.  
 Partid, oh fidelísimos soldados:  
 Emprended esa hazaña; el monte es éste  
 Donde dicen que están; tú, Marcia mía,  
 Ya que viniste, y la Tebaida es ésta,  
 Poblada de ladrones y ermitaños.  
 A quien respetan siempre en estos riscos;  
 El abad Isidoro los gobierna;  
 A recibir su bendición te traigo,  
 Porque el cielo te haga más dichosa  
 Que tu misera hermana. ¡Ay, hija mía,  
 Si estas lágrimas fueran de alegría!

Dentro.

ALEJANDRO.

¡Teodora!

LEOPOLDO.

El eco parece  
 Que á mi voz ha respondido.  
 ALEJANDRO.

¡Teodora!

LEOPOLDO.

Atiende aquella voz, pon el oído  
 A la parte que suena.

MARCIA.

¡Teodora lloró.

LEOPOLDO.

¡Muero de pena!  
 Respóndele y veremos

DEMONIO.  
 ¿Qué espera un negro ladrón  
 En la religión?

FILIPO.  
 Ser libre.

En los ciclos.

DEMONIO.  
 Sus estrellas  
 Querrás que otra vez derribe;  
 ¿Tú conmigo eres valiente?

FILIPO.

Mientras que el cielo me anime  
 No me has de vencer.

DEMONIO.  
 ¿Qué es esto?

¿Negros infames y viles  
 Han de asentarse en las sillas  
 Que perdí? Dios me permíte.  
 Por los secretos que él sabe,  
 Que este venablo te tire  
 Y te atraviese con él;  
 Por mandado suyo vine:  
 No quisiera hacerte mártir,  
 Si eras ayer una esfinge  
 Que engañabas á los hombres.

FILIPO.

Fuera el mártir más insignie  
 Destos tiempos, si el Demonio  
 Me mata; que castigues  
 Mis delitos manda Dios,  
 Mas no que me martirices;  
 Que no merezco ese nombre.

Vase.

DEMONIO.

Pues que Dios me deja libres  
 Contra ti las manos, negro,  
 Ese venablo recibe;  
 Rabiando muera quien es  
 En un hora tan felice,  
 Que alcanzó de Dios perdón.

Tirale el venablo.

Dentro.

FILIPO.

¡Eterno Dios, no me olvides  
 En este trancel

DEMONIO.

Una fiera  
 De estas montañas le hicie,  
 Con el asta atravesado;

Dios lo manda: no lo quise,  
 Porque temo que merezca  
 Los clavetes y jazmines

De los celestiales campos.  
 ¡Quién hiciera que le imiten  
 Éstos que vienen aquí,  
 Cuando tan discordes viven!

Vase.

¡Dad ¡oh rigor mortall será mañana:  
 Siempre el sabio floró el tiempo perdido.  
 Hoy envido las glorias de una hermana,  
 Mañana será objeto del olvido;

¡Hoy floró, hoy me lastimo, ¡ilustre viejo;  
 Si mañana no soy, dame hoy consejo.  
 Dime, santo varón piadoso, dime  
 En que parte mortal padece y gime  
 Que con ansia mortal padece y gime  
 El riguroso aspecto de su estrella.

¡Tú voz me alienta, tu verdad me anime;  
 Tu voz me alienta, alivia mi querrela;  
 Templo mi fin, sosiega mi porfía;  
 Prueba mi error, mis pasos guía.

LEOPOLDO.

¿Cómo podré cobrar hija que adoro?  
 Tu padre ha perdonado tus errores;  
 Vuelve á tu casa ya.

TEODORA.

Con líneas de oro  
 Quiere el alba salir vertiendo flores.  
 Padre de los desiertos, Isidoro,  
 Tu consejo recibo. Adió.

LEOPOLDO.

No lloros  
 Con lágrimas y voces de sirena  
 Tu desdicha cruel, lora mi pena.

ALEJANDRO.

¿Que me deje llevar de mis antojos,  
 Creyendo los engatros del desool?  
 Cuando en este monte ven mis ojos,  
 ¿Marcia en este monte ven mis ojos;  
 Cuando á Teodora lastimada veo.  
 Aquí tienes la vida que poso.

LEOPOLDO.

Prendedle, muera ya; venguen los ciclos  
 Mis agravios en él.

MARCIA.

Y yo mis celos.  
 Vase, y salen luchando el Demonio, galán, con un  
 venablo, y Filipo, de ermitaño.

DEMONIO.

¡Un cautivo se me atreve;  
 Un esclavo no se rinde  
 A la suma inteligencia  
 Que con el Criador compete!

FILIPO.

Luchó Jacob con el ángel  
 Y uno de los serafines  
 Que á Dios están alabando  
 Y su omnipotencia dicen.

DEMONIO.

¿Eres tú como Jacob?  
 No soy, pero tú no sigues  
 La luz hermosa del ángel.

FILIPO.

Salte ya.  
 No he de salirme.

FILIPO.

Salte ya.  
 No he de salirme.

FILIPO.

Salte ya.  
 No he de salirme.



De celestiales influjos,  
 Que en su infuisto nacimiento  
 Ninguna estrella me supo  
 Dar vislumbres de dichosa.  
 Yo, pues, á los cuatro lustros  
 De mi edad amé á Alejandro  
 Con amor tan importuno,  
 Que no permití sostego  
 Á la vida, y al discurso,  
 Correspondí menos él,  
 Si fueron engaños suyos.  
 Vivi alegre y confiada,  
 Pero si estado ninguno  
 Tiene firmeza, mal puede  
 Ser inmortal nuestro gusto.  
 De las guerras de Etopia  
 Volví vencedor, y trujo  
 Ese prodigio, ese monstruo,  
 Que en estos montes incultos  
 Es asombro de las gentes  
 Desde el Nilo hasta el Danubio.  
 Una desdichada noche,  
 Que envolvió en su manto obscuro  
 Las luces de los planetas,  
 Por Alejandro le tuvo  
 Mi desdicha; mas ¡ay triste!  
 ¿Cómo á mí misma me suifro?  
 ¿Cómo viboras no son  
 Las palabras que pronuncio?  
 Paris fué y Elena fui;  
 Considerad el disgusto,  
 Pena y rabia de mi pecho,  
 Cuando á los cabellos rubios  
 Del alba, en esas esferas  
 Vi esta sombra, vi este busto.  
 Para defender mi honor,  
 Mal opinado y seguro.  
 Mi mano le prometí,  
 No consintiendo descuido  
 A su amor ni á mi recato.  
 Esto es verdad, yo lo juro  
 Por los cielos; pero ¡quién  
 Dará á las lenguas del vulgo  
 Freno y crédito, si yo  
 Con mi riesgo no le busco?  
 Mano y flores le ofrecí,  
 Y entre pedernales duros  
 Hizo mi sangre clavetes,  
 Con que en los prados dibujo  
 Mi desdicha; esa es mi mano.  
 Dáscela.

Toma, que así restituyo  
 Vida á mi fama, si así  
 Á la misma vida injurio.  
 Y plegue á Dios, Key tirano,  
 Que tu majestad en humo  
 Se resuelva, y que tu imperio  
 Por siglos ciente minutos.  
 Despedado de esos montes,  
 Facion de ese mar profundo,

En los buches de esos peces  
 Tengas misero sepulcro.  
 Desfé desdichado reino  
 Vengan sobre ti diluvios  
 Y ejércitos de soldados,  
 Mientras que yo, desdichada,  
 Por esos campos discurro,  
 Dando voces á los cielos,  
 Llamando el último punto  
 De mi vida, y como loca,  
 Esos árboles consulto,  
 Esos peñascos habito,  
 Esas cavernas ocupo,  
 Esos desiertos peneiro,  
 Esas soledades busco,  
 Y esos cristales alegres  
 Con mi sangre y llanto enturbio.

Vase.

ALEJANDRO.  
 Oye, varonil mujer;  
 Nueva Porcia, espera; tuyos  
 Son los blasones de Roma;  
 Espera, escucha.

RUFINO.

De Alejandro, más veloz  
 Que el mismo viento, se puso  
 Y va corriendo.

Dentro.

ALEJANDRO.  
 ¡Teodora!

Dentro.

TEODORA.

¡Alejandro!

Dentro.

ALEJANDRO.  
 ¿Quién te pudo

Matar así?

TEODORA.

MI DESDICHA.

ALEJANDRO.

Espérame.

TEODORA.  
 No te escucho.

ALEJANDRO.

¡Mi Teodora!

TEODORA.  
 ¡Mi Alejandro!

BANDOLERO 1.º

Sigo su ligero curso.

BANDOLERO 2.º

Admiro su nombre eterno.

BANDOLERO 3.º

Su misma crueldad disculpo.

Vanse.

Una noche triste, obscura,  
 Que buscando la luz va;  
 El que quiso ser eterno  
 En mármoles de Lisipo.  
 ISIDORO.

¿Eres acaso Filipo?

FILIPO.

Hombre he sido del infierno;  
 Ese soy, que el resplandor  
 De la verdad voy buscando.  
 ISIDORO.

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

¿Qué verdad buscas?

Salen Isidoro, Leopoldo, Marcia y Alejandro.

ISIDORO.  
Cese, Leopoldo, tu enojo,  
Ya que á estos montes viniste;  
Que Alejandro cumplirá  
Su palabra.

ALEJANDRO.  
Siempre dije  
Que soy hijo de Leopoldo.

LEOPOLDO.  
Yo, gran Isidoro, vine  
Con gente de Alejandría,  
Buscando al que Rey se dice  
De Egipto, siendo tirano;  
Y es fuerza que te suplique  
Des tu bendición á Marcia,  
Ya que enojado maldije  
Á otra hija que tenía.

ISIDORO.  
Santa será tan insigne,  
Que Egipto la reverencie  
Y Roma la canonicé.

LEOPOLDO.  
Bese el hábito de un santo  
Que en estos desiertos vive.

ISIDORO.  
Ya, Leopoldo, el Rey que buscas  
Es más que Rey; no permiten  
Los cielos más tiranías  
En Egipto; el negro asiste  
En mucha gracia de Dios.

Dentro Filipo:  
Con la ley constante y firme  
Pienso morir.

ISIDORO.  
¿Quién se queja?  
Tanto el Demonio, que temo  
Que le arroje y precipite  
Destos peñascos!

Sale Filipo atravesado con el venablo.

FILIPO.  
¡Mi padre!  
¡Dios quiera que se castiguen  
Mis delitos deste modo,  
Y ojalá cárceles tristes,  
Muertes y penas airadas,  
Y tormentos insufribles  
Paciera yo por Dios!  
Mucha penitencia piden  
Mis pecados; Isidoro,  
Que los demonios venciste,  
Dame una mano, y con ella  
Vence leones y tigres

Del infierno; ver cortada  
La de una mujer insigne  
En guardar su honor, me trajo  
Á vivir contigo; anime  
Su voz mi espíritu. ¡Ay, Dios,  
Rey de alados querubines,  
Quién os amara cuál ellos!

Muere.

ISIDORO.

¿Conocístele?

LEOPOLDO.

Padre, dime

Si es Filipo.

ISIDORO.

El nombre suyo  
Es Moisés; él es.

ALEJANDRO.

Si vine  
Á tomar venganza del,  
Tomaré ejemplar; permite  
Que dueño de Marcia sea,  
Que el casado que á Dios sirve,  
Solamente es el dichoso.

Aparece un ángel.

ÁNGEL.

Los que miráis este caso  
Y espectáculo terrible  
Que el Demonio hizo en Moisés,  
No os espante ni os admire,  
Porque es Dios investigable  
Y quiere que resucite,  
Á ser prodigio del mundo,  
Un negro, cándido cise  
Que dulcemente cantó  
En su fin: tú, monstruo horrible,  
Ya no le darás tormento,  
Ya no podrás perseguirle;  
Quien fué prodigio de Egipto,  
Segundo Moisés se dice,  
Mártir es y anacoreta,  
Vida prodigiosa vive.

Y tú, Leopoldo, á Teodora,  
Que ya las pisadas sigue  
De la religión sagrada,  
Darás hábito felice,  
Que su vida será ejemplo  
Para que muchos la imiten.  
Y aquí se acabó, senado,  
La relación más insigne,  
La historia más admirable  
Que San Jerónimo escribe.

FIN.

## EL CARDENAL DE BELÉN